



AÑO III.

Madrid, 1.º de Setiembre de 1878.

NÚM. 19.

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año..... 20 pesetas.
Seis meses..... 11 »
Tres..... 6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año..... 25 francos.
Seis meses..... 14 »
Tres..... 8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año..... 8 pesos fuertes.
Seis meses..... 4.50 »
Tres..... 2.50 »

ADMINISTRACION:

VILLANUEVA, 6, MADRID.

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Observaciones sobre los aprovechamientos de aguas, por E. Page.—Piscicultura, por el Conde de Fabraquer.—Gabriela, novela, por Doña Teresa Aroniz y Bosch.—La caza de liebres con galgos, por el C. de F.—Nuestros dibujos de plantas, por E. M.—Empleo de la caña de azúcar como forraje.—La filoxera, por D. Estanislao Mallgren.—Las labores, por ***.—Las resinas.—El municipio y los perros, por X.—Un tirador extraordinario, por C. T.—Ecos de París, por Nedec.—Correspondencia.—Carreras de caballos en Cádiz.—Noticias generales.—Noticias de la sociedad, por ***.—Noticias de jardinería, por E. M.—Mercado de Madrid.—Cuadrado de palabras.—Anuncios.

OBSERVACIONES

SOBRE LOS APROVECHAMIENTOS DE AGUAS.

No habrá pasado desapercibido para los hombres pensadores, que estudian con atención el progreso material de nuestra patria, un fenómeno que calificarán de singular, si no han dado en la causa que lo motiva.

Aquí, donde por todos se ha reconocido que el establecimiento de los riegos, utilizando esas corrientes públicas que tristes y cenagosas llevan al mar la vergüenza de su abandono, ha de ser el principal, si no el único medio de sacar á este país de la postracion en que yace; aquí, donde persiguiendo ese objeto se dictó la ley de canales y pantanos de 1870, cuyo espíritu expansivo y protector se revela en aquellas disposiciones suyas que descentralizan para muchos casos la facultad de otorgar las concesiones, decretan la perpetuidad del usufructo, la libertad del cánón, la subvencion de 150 pesetas por hectárea de terreno regado, y otras ventajas de no despreciable utilidad; aquí, donde con tan vigorosos estímulos se ha tratado de impulsar ese importante ramo de las obras públicas, los capitales nacionales y extranjeros se muestran recelosos y desconfiados cuando se los solicita para empresas de esta especie. Y es que, sin penetrar tal vez, en las causas originarias que lo producen, han observado que algunas sociedades de canales de riego se desenvuelven de una manera lánguida y trabajosa, caducando varias concesiones despues de una existencia corta y accidentada, por los obstáculos, reclamaciones y pleitos que han formado su triste cortejo.

Aunque por algo entren el espíritu, la rutina y el móvil de la envidia en esa guerra sorda y tenaz que se hace á algunas empresas de canales de rie-

go, forzoso es presumir que ha de haber un fondo de razon en que los enemigos apoyen y sostengan su actitud, porque en otro caso la hostilidad partiría sólo de la aversion instintiva que siente la masa ignorante y fanática de nuestro pueblo hácia todas las innovaciones que se implanten, y causa tan pobre hubiera perecido ya ante los beneficios que la mejora reporta. Y efectivamente, algo más hay, y ese algo más es tan firme y valedero, como que se inspira en el interes individual.

Por poco que conozcamos la historia de nuestros riegos y por poco que entendamos de nuestra legislación antigua y moderna sobre la materia, no han de escapar á nuestra penetracion dos cosas: 1.ª, que salvo la legislación foral de Navarra, Aragon y Cataluña, y la institucion de los sindicatos y sus ordenanzas, valiosa herencia que nos legó la dominacion de los árabes en España, apénas tenemos de la antigüedad otras leyes referentes á aprovechamientos de aguas, que las incompletas del *Fuero Juzgo* y las *Partidas*; y 2.ª, que despues de la expulsion de los moriscos, no hemos conservado de sus obras de riego más que las excelentes acequias de las vegas de Granada, Valencia y Murcia, con alguna otra de menor importancia, y que hasta estos últimos tiempos no hemos intentado promover grandes construcciones de esta clase.

Sin embargo, como las circunstancias climatológicas de nuestro país, y las grandes elevaciones de temperatura que se sufren en algunas comarcas, agostan la vegetacion de los campos durante los estíos, la necesidad de los riegos se ha hecho patente todos los años, y durante el trascurso de ellos algunos aprovechamientos aislados se han planteado. Al par que esto, el desarrollo de la colonizacion hizo indispensable construir molinos harineros que facilitasen la subsistencia de los pueblos.

Pero sin leyes ni capitales, unos aprovechamientos y otros revistieron formas imperfectas y extension menguada; se llevaron á cabo sin plan ni autorizacion, y con desconocimiento incompleto de lo que se ejecutaba; resultando de aquí más efecto perdido, á causa de las malas condiciones de esas obras, que el útil obtenido por resultado de ellas.

Los molinos harineros se establecian, y muchos se conservan aún, con aparatos de madera, de sistema muy imperfecto, de construccion tosca y defectuosamente montados. El efecto útil de ellos no representa más que el 10, el 15, y cuando más el 20 por 100 de la fuerza motriz que el salto de agua proporciona. Y para procurarse éste, se ha corta-

do el rio por medio de una presa, emplazada con olvido completo de los más rudimentarios principios de la hidráulica, levantando así el nivel del agua, lo cual ocasiona en rios de pequeña pendiente verdaderos lagos de agua represada, que se extienden hasta dos y tres kilómetros por cima del artefacto en algunos casos. Las pérdidas de agua por evaporacion y filtracion que en estos represamientos se ocasionan, son más importantes de lo que á primera vista parece.

En los aprovechamientos para los riegos no ha presidido mayor inteligencia, y en el empleo de ellos se cometen abusos tales, que el agua perdida representa mayor caudal que la utilizada.

Pero unos y otros aprovechamientos, aunque planteados sin autorizacion alguna, han adquirido la cualidad de legítimos por la prescripcion á que ha dado lugar el uso no interrumpido durante un cierto número de años, y la ley ha sancionado esa proteccion hasta un término tal, que no permite que los nuevos aprovechamientos modifiquen en nada la forma y condiciones de uso de los antiguos.

Este exagerado respeto, no al uso, sino al abuso del derecho, es causa de los obstáculos que se oponen á las empresas de canales de riego, de los pleitos que sostienen y de la caducidad en que muchas veces caen.

La empresa que ve un rio caudaloso, y que en él no hay más que contados aprovechamientos de riego, y una serie de pequeños artefactos de miserable aspecto y más miserables resultados aún, se cree haber tropezado con un gran venero de prosperidad y trata de explotarlo en beneficio propio y de la comarca.

Pero al ir á plantear el pensamiento que ha concebido, se encuentra con que los regantes persisten en usar del agua por medio de cauces mal contruidos y peor conservados, y en inundar las tierras con capas de agua de 15 y 20 centímetros de altura. Un caso conocemos en que para regar 120 hectáreas de tierra, se gastan 1.000 litros de agua por segundo, saliendo el riego á 10 litros por segundo y hectárea, diez veces más agua que la necesaria. Pues la ley garantiza á los regantes ese abuso que tan perjudicial es á los intereses generales del país.

Pero se llega á la cuestion de los molinos, y aun- que la ley autoriza la expropiacion en beneficio del riego, cuando el número de ellos es importante, las condiciones económicas del negocio no permiten

que se los expropie. Y llegan los deslindes, y resulta que un río que cuenta con 3 ó 4 metros cúbicos de agua por segundo, no tiene sobrantes que merezcan invertir en su aprovechamiento cantidades importantes, pues casi todo el caudal de la corriente se consume en regar 200 ó 300 fanegas de terreno y mover 20 ó 30 molinos.

Y como podrá dudarse de nuestro aserto, lo demostraremos en pocos números.

Alcanzando las aguas represadas de los molinos hasta un kilómetro sobre la presa, y suponiendo que ésta ocupe un ancho medio de 100 metros, tenemos un lago de 100 metros cuadrados de superficie. En verano, que es la época de los riegos, puede fijarse en 4 centímetros el espesor de la capa de agua evaporada al día, y en 2 la filtrada, con lo cual nos resultará en cada uno de esos embalses una pérdida de 6.000 metros cúbicos de agua cada veinticuatro horas. Si son treinta los artefactos que hay en las márgenes del río, éstos consumen 180.000 metros cúbicos de agua por día, ó sea 2 metros cúbicos de agua por segundo. ¿No se consumirá otro metro cúbico en los riegos y en las pérdidas naturales de la corriente?

La empresa, pues, se ha equivocado contra lo que la ciencia enseña, contra lo que la práctica de otros países aconseja, y como se ha equivocado, tiene que resignarse á la caducidad y á abandonar el negocio.

Nosotros sometemos á los jurisperitos de nuestro país el modesto parecer que vamos á emitir, y por si de algo vale, llamamos sobre él la atención del Ministerio de Fomento, ahora quo se está confeccionando la Ley de Aguas.

El aprovechamiento de las aguas públicas ha estado sometido siempre á leyes, ordenanzas y reglamentos que han tenido por principal objeto asegurar la más equitativa distribución de las aguas, y su empleo racional, para evitar abusos y pérdidas.

Como estos saludables principios de equidad y justicia deben presidir eternamente á la resolución de todas las cuestiones de aguas públicas, si la prescripción ha podido legitimar el uso, no puede sancionar el abuso, y no debe invocarse razón alguna que lo perpetúe.

El propietario de un molino tiene un derecho incontestable á disfrutar del agua que baste á su industria; pero esto sin perjudicar el derecho de los demás, para lo cual debe usar de aparatos más perfectos, y tomar el agua desviando la corriente, y no represándola.

Los usos del riego deben tener también su limitación eficaz para que no se cubran con pérdidas de agua los defectos del sistema y los de la conducción.

Unos y otros debieran ser objeto de leyes muy meditadas y muy discretas, que llevasen su respeto hasta donde el uso comienza; pero evitando con energía todos los abusos que son la rémora que impide acometer muchas construcciones de canales, y han ocasionado varias caducidades.

Nuestro lema es aquí; respeto absoluto al derecho adquirido por prescripción y discretamente usado! trabas eficaces para todas las inconveniencias y todos los abusos, sea cualquiera el origen que tengan.

Y en esto no hay ataque alguno al derecho de propiedad, porque sobre las aguas públicas no hay más que sumarios, no hay propietarios con dominio pleno y directo. La Administración conserva siempre sobre ellas el dominio eminente, y en nombre de él y en el de la conveniencia pública, ordena y regula los aprovechamientos.

E. PAGE.

PISCICULTURA.

III.

Cuando hay que recurrir á la fecundación artificial.—De la madurez y sazón de los huevecillos y de la lechada.—De la fecundación.—Aparatos para la incubación, y apertura de los huevecillos en los ríos y en los estanques.—De los huevecillos echados á perder.—Signos precursores de la salida de los peces del huevo.—De la vejiga abdominal.—Hay que alimentar ó disminuir el pescado.—Transporte de los huevos.

Hemos hablado ántes de los procedimientos, y por cierto muy sencillos, que generalmente bastan para repoblar de peces los ríos y los estanques.

Colocados los peces en aguas cuya temperatura convenga, y con buenos puntos para que desoven, es casi segura una abundante cosecha. Algunas veces, sin embargo, puede ser imposible la reproducción natural; entónces es cuando hay que recurrir á la fecundación artificial.

Hemos dicho que la fecundación artificial es la imitación más fiel de la naturaleza. Tiene muchas operaciones, y muy importantes todas; la recolección de los huevecillos y la lechada, la fecundación propiamente dicha, la incubación y la apertura de los huevecillos, y la crianza del alevín ó pececillo, y por último, la diseminación del pescado.

Vamos á presentar á la vista de nuestros lectores cada una de estas diferentes fases de la operación.

Para obtener huevos, y la lechada en un estado conveniente de madurez, lo que es indispensable, el medio más seguro es pescar los peces sobre el punto de desove, ó á sus inmediaciones cuando comienzan á desovar. En esta época el vientre de la hembra se halla hinchado y ligeramente inflamado; los huevecillos corren naturalmente en el momento en que se les coge ó cuando se les aprieta debajo del vientre, muchas veces caen los huevecillos en la red ó en la barca del pescador cuando colea el pescado, y sobre todo cuando se le tiene cabeza arriba. Los huevecillos muy maduros están aislados unos de otros, claros y transparentes; parecen á pequeños globulitos de vidrio de un gris verdoso ó amarillento, ó á lindas grosellas blancas y de color de rosa, como sucede en los del salmon y las truchas.

La lechada es buena cuando se escurre en cañitos ó gotas de leche, ora sea naturalmente, ora á impulsos de una ligera presión.

Si los huevecillos ó la lechada no presentan las apariencias de madurez que acabamos de indicar, sería preciso retardar algunos días la operación, y para esto volver á colocar el pescado en un depósito ó pasarles por la boca un hilo y volverlos así atados á echar en el río ó estanque.

Pero supongamos que el macho y la hembra se hallen en sazón conveniente; entónces se hace así la operación:

Se toma un barreño cuyo fondo sea llano, y se llena de agua clara y fría á la altura de algunos centímetros. Para obtener la temperatura más conveniente se saca el agua del mismo río en donde ordinariamente desova el pescado. Si se tratase de fecundar especies que no se crien en el país donde estamos, la temperatura debe de ser de 8 á 10 grados para la trucha y el salmon, y de 22 á 25 para las carpas, tencas, etc., etc.

Si se quisiese operar sobre pescados cuyos huevecillos se adhieren á los objetos que los rodean, será preciso además guarnecer el fondo del barreño de plantas acuáticas, ramitas de árboles, ó sencillamente con un puñado de hierba.

Tomadas estas precauciones preliminares, se coge la hembra y se le tiene cabeza arriba encima del barreño, y aún sería más prudente meterla hasta el vientre en el agua para no dejar los huevecillos en contacto con el aire exterior; muchas veces basta esta posición para precipitar los huevecillos: en el caso contrario se asegura ligeramente el pescado ó se le aprieta suavemente el vientre de alto abajo. Si entónces no caen los huevecillos es que no están maduros todavía, y sería una grave imprudencia violentar á la Naturaleza. Los huevecillos que caen del vientre del pez se precipitan en el fondo del barreño y van á pegarse á la hierba allí colocada.

Al mismo tiempo que se ejecuta esta primera parte de la operación, se coge igualmente el macho, y tomando las mismas precauciones á medida que se han desprendido los huevecillos de la hembra, ó inmediatamente después, se les rocía con algunas gotas de la lechada. El agua se vuelve entónces ligeramente blanca y toma un color de ópalo. Se la mueve suavemente para poner los huevecillos en contacto con la lechada, y al cabo de algunos minutos después se desagua el barreño y se le pone agua clara.

Los huevos de una hembra muerta de algún tiempo pueden ser también fecundados, pero en cambio la lechada tiene que ser de un macho vivo, y consiste en que la vitalidad del huevo es mucho más larga que la de la lechada, y de seguro saldría mal la operación si se preparase el agua con la le-

chada á más de haber introducido sus huevecillos en el barreño. Además es más probable el éxito de la operación empleando para ella peces vivos, y si se hace simultáneamente el echar los huevecillos y la lechada.

Fecundados los huevecillos, podría dejárseles en agua corriente; pero estarían expuestos á los mil peligros de que hemos hablado, y para evitarlos se han inventado diversos aparatos de incubación, y de que salgan á luz destinados á funcionar ya en agua corriente, ya en estanque ó en un laboratorio.

Estos aparatos varían hasta lo infinito en sus formas y nombres. Sólo hablaremos de los que ha acreditado como mejores la práctica.

El aparato más ventajosamente empleado en los ríos y en los estanques se compone de dos tamices de tela metálica galvanizada, que se adaptan el uno en el otro, sirviendo uno de tapa y otro de fondo. Unos pedazos de corcho ó de madera sostienen á flor de agua la parte superior, mientras la parte inferior está sumergida en agua algunos centímetros. Los huevecillos depositados en el fondo del aparato se hallan así encerrados entre dos telas metálicas, que, dando libre paso al agua, impiden se introduzca toda materia dañosa, y pone al huevecillo, y más tarde al pececillo ó alevín, á cubierto de todo enemigo.

En los laboratorios se colocan los huevecillos en unos canalitos ó barreños que alimenta un depósito, como una tinaja ó un tonel ó una fuente. El agua cae gota á gota por un cañito en las canales ó barreños colocados en anfiteatro. La canal ó barreño superior debe tener en sus extremidades dos tubos que dejen caer el sobrante del agua en un segundo ó tercer barreño ó canalita, colocados á derecha é izquierda de la primera. De la segunda y de la tercera cae en seguida el agua por otros tubos en nuevas canales, y así sucesivamente. Pueden multiplicarse hasta lo infinito el número de estas canales artificiales, teniendo siempre cuidado de que los tubos de desagüe se hallen alternativamente á derecha é izquierda. Así el agua que cae á la derecha de una canal la atraviesa en toda su extensión y sale por la izquierda, produciendo una especie de pequeña corriente. En la parte inferior de cada canal hay un agujerito para vaciar el agua y poder limpiar el aparato. Por el último canal, que tiene un tubo de gutapercha, se vacía en el suelo toda el agua. Inútil es advertir que este aparato se puede modificar de mil modos poniendo una ó dos filas de canales ó barreños.

Con estos aparatos Mr. Cosse, Mr. Millet y otros piscicultores han obtenido en el despacho mismo de sus casas grandes resultados, y si nuestros lectores quieren pueden hasta en su misma alcoba hacer nacer millares de truchas y salmones.

Colocados una vez los huevecillos en el aparato, es preciso aguardar á que abran. La incubación dura ordinariamente de un mes á cinco semanas para la trucha, y de ocho á quince días para los pescados de primavera y de estío.

Durante este tiempo es preciso visitar á menudo el barreño ó cubeta. Entre los huevecillos se pierden algunos y mueren si no se han fecundado, ya porque haya perecido el germen, ya por cualquiera otra causa que haya impedido su desarrollo. El huevecillo que se inutiliza pierde inmediatamente su transparencia y toma un color blanco opaco. Es urgente separarlo inmediatamente, porque su contacto podría alterar rápidamente los otros. Esta operación, muy delicada, se hace por medio de unas espinzas.

Entre las enfermedades á que se hallan expuestos los huevecillos, la que causa más estragos es el *byssus*. Es una telilla blanquecina que rodea el huevecillo, lo sofoca y lo hace morir. Se ha ensayado como remedio el cepillarlo y limpiarlo con un pincelito ó las barbas de una pluma, pero vale más separarlos y sacrificar unos pocos á que se echen todos á perder. Algunas veces un agua ligeramente salada basta para contener el *byssus*, pero este método aconseja Mr. Millet que sólo se emplee en el segundo período de la incubación.

En el momento de la incubación presenta el huevecillo en su región superior una especie de mancha blancuzca, á cuyo alrededor ruedan gotitas oleosas más ó menos coloradas. A medida que se verifica la incubación esta mancha tiende á fundirse con las gotas oleosas y pronto se descubre

un cuerpo opaco que se termina por dos horquillas encorvadas la una hacia la otra: este es el cuerpo del pescado. Despues, al extremo de estas horquillas, aparecen dos puntos negros que cada día se van haciendo más perceptibles: esos son los ojos.

Por estas señales se conoce que ya no va á tardar mucho tiempo en abrirse el huevecillo. En efecto, al traves de la tela que envuelve el huevo, cada vez más delgada, pueden verse los movimientos del pececillo. Trabaja por romper con su cola las paredes de su prision, se mueve, se agita. De día en día son más fuertes sus movimientos. Por último, cede la tela y el pescado hace su entrada en el mundo.

Lo primero que enseña es la cola; la cabeza queda encapuchonada en la tela del huevo, pero muy pronto la arroja.

En todas las grandes familias de los seres organizados que pueblan la tierra y los aires, los padres son los que en los primeros tiempos tienen la misión de alimentar á sus hijos y guiar sus primeros pasos. Todos los animales comprenden esta misión sagrada y saben cumplirla, desde el pelicano, ese modelo célebre del amor maternal, hasta el más humilde de los insectos; desde el león, el rey de los bosques, hasta el águila, la reina de los aires. Un solo sér ha repudiado este deber que tantas madres llaman un placer, y ese sér es el pescado. Confesamos su inferioridad en esta circunstancia. El *alevin* ó pececillo al nacer se halla solo, entregado á sus propios recursos y muy afortunado todavía cuando por una triste inversion de los papeles no es él el que proporciona alimento á sus padres, modernos saturnos.

¿Quién ayudará al pobre pececillo á atravesar los difíciles días de su infancia, en que tanto necesita de proteccion su debilidad? La madre de todos: la naturaleza.

En efecto, en el momento en que acaba de nacer el pescado, está provisto de una bolsa ó vejiga abdominal, algunas veces más grande que él, bolsas que contienen las provisiones de que necesitan durante su primera edad. A medida que el pececillo crece y se desarrolla, la vejiga disminuye y se la va absorbiendo.

Mientras esta vejiga existe, el pececillo no conoce el hambre, ni tiene apetito sino cuando ha desaparecido completamente.

Hasta entonces sería inútil y tal vez hasta peligroso el dar alimento alguno al pescado; empero en cuanto ha absorbido la vejiga, se presenta la grave cuestion de la alimentacion.

Hay dos sistemas: el uno consiste en conservar el *alevin* en los aparatos para hacer salir los huevos y alimentarlos hasta cierta edad con mijitas de carne picada, yema de huevo y pedacitos de miga de pan ó cosa parecida; y el otro sistema consiste en diseminarlos en las aguas corrientes en cuanto se han desembarazado de sus vejigas. Nos inclinamos sin vacilar á este segundo método. En efecto, cuando ha desaparecido la vejiga el pescado no halla embarazo en sus movimientos, y puede evitar los peligros y buscar por sí el alimento que le convenga. No es malo, además, que se acostumbre pronto á la vida aventurera de los estanques y de los rios.

¿Han visto nuestros lectores en el mundo alguno de esos jóvenes criados en el seno de las familias, mimados por sus padres y abuelos, que por la primera vez dejan el hogar paterno? Todo les parece nuevo, todo les asusta, miran en derredor suyo con inquietud, tropiezan en todos los obstáculos, y, pobres ovejas, dejan un copo del vellón de sus lanas en cada zarza del camino. Lo mismo sucede con esos peces que se crían en un aparato ó barreño con miguitas y bolitas de pan y huevo. Si se les pone en libertad no saben qué hacer de ella; son sordos y torpes; la costumbre de recibir un alimento que no les cuesta ni pena ni trabajo, los incapacita de buscarse otro; y en cuanto se deja de echarles de comer, se acuestan sin alimento ó caen en poder de otros pescados grandes que se los tragan.

Si no se tiene á la disposicion de uno más que agua de un limitado volumen, v. gr., el pilón de una fuente ó un estanque en el que se quiere criar una gran cantidad de pescado, es preciso alimentarlos artificialmente; el pescado, por fortuna, está dotado de una maravillosa facilidad de digestion, y no es raro ver á una trucha ó un barbo devorar

en un día una pieza que pesa más que ellos, y su estómago se aviene bien con toda clase de comida, comiendo cuanto se les echa, trigo, pan, moscas, gusanos, insectos, carne picada; todo es bueno para la poblacion acuática.

No hay que olvidar que es un principio fundamental que el pescado crece en proporcion del alimento que se le da ó que él se busca.

Sobre todo, en las truchas y los salmones han hecho esta experiencia los piscicultores: la razon es muy sencilla; sus huevos son mucho más voluminosos y se prestan mejor á la observacion, pues son del tamaño de una lenteja ó un guisante. Además, su carne es mejor que la de los pescados ordinarios, y sobre todo, el salmon, por su succulencia y ser el plato de los ricos, ofrece más ganancia y utilidad en su cría y fomento.

En las localidades en que no se crían salmones y truchas hay que traer los huevecillos de otra parte, y la cuestion de trasportarlos es una cuestion de grandísima importancia.

El establecimiento imperial de Hucinga hace la remesa de huevecillos en paquetes de musgo mojado. Este sistema presenta grandes inconvenientes: 1.º, el musgo no conserva mucho tiempo la humedad; 2.º, cuando se quiere poner los huevos en el aparato, están mezclados con la porquería de la tierra y con insectos; 3.º, hay que cogerlos uno á uno; y sin contar con el tiempo que se pierde, puede dañarlos el andarlos sobando.

Mr. Millet ha hallado un método infinitamente más cómodo y que no presenta ningun peligro, el de colocar los huevos en una servilleta mojada; así permanecen constantemente húmedos y sin contacto con materia alguna peligrosa, y á su llegada basta sacudir la servilleta para que caigan todos los huevecillos en masa dentro del aparato. Con este procedimiento se pueden hacer viajar los huevecillos ocho ó quince días sin que se echen á perder.

Por último, es más prudente el no hacerlos traer sino en el segundo período de la incubacion; es decir, cuando comienzan á verse los ojos del pececillo. De Noviembre á Enero hay más seguridad de recibir los huevos bien fecundados, y el embrion tiene ya una vitalidad que le permite sin molestia viajar.

El frio, no siendo excesivo, no es un obstáculo para el transporte, porque el huevecillo no muere aunque esté encerrado en un témpano de hielo, porque posee cierto grado de calor que irradia y funde y derrite el hielo á su alrededor, y lo rodea de un líquido, en medio del que vive perfectamente.

La fecundacion y la venta de los huevecillos son ya una industria que cada día va haciendo nuevos progresos; pero como toda industria nueva es cara, un millar de huevecillos vale diez francos (40 reales); pero la concurrencia los hará poner más baratos.

Como hay muchos aficionados, esto quizá no tarde. La Piscicultura, que por tanto tiempo ha sido una ciencia de gabinete ó laboratorio, de recreo en los particulares, ha llegado á entrar, al fin, en el dominio de las ciencias precisas.

IV.

De los piscicultores.—Establecimientos en grande de Piscicultura. —Ibun-ninga.—La laguna de Comachio.—Paris.—España.—Monasterio de Piedra.—Memoria remitida á Paris por D. Federico Muntadas.

Montgaudry de Pontalba y Jocqueville, Costi y Millet han sido grandes piscicultores, que en sus mismas habitaciones, y por el método que hemos explicado, han hecho crecer y criado un gran número de salmones, truchas, barbos, tencas y otros pescados; con ellos han llenado estanques, y no teniendo espacio bastante, han regalado á muchos amigos aficionados á sacar peces, como hasta ahora, y en nuestro país, vemos aficionados á la cría de caballos.

Réstanos hablar de los grandes establecimientos de Piscicultura, donde los aparatos, que en una casa particular son pequeños, se despliegan en inmensa escala.

Entre la embocadura del Pó y la ciudad de Rávena, paralela al Adriático, se extiende una inmensa sabana de agua de 140 millas de circunferencia, diversamente sembrada de islas y penínsu-

las, cortadas ellas mismas por numerosos canales. Es la laguna de Comachio. Una estrecha lengua de tierra la separa del mar; dos rios, el Reno y el Volano, que corren al Norte y al Sur de la laguna, y el canal de Palotta, que la atraviesa á lo ancho, la ponen en comunicacion con el Adriático. Los dos rios le suministran el agua dulce, y el canal la salada. Estas tres artérias principales están unidas entre sí por millares de ramales que van á distribuir las aguas hasta el fondo de la laguna. Tal es, á primera vista, el aspecto que presenta Comachio.

Hace mucho tiempo que existian estas pesquerías, empero no en el estado en que las vemos hoy. Era en otro tiempo este país una triste y pobre poblacion perdida en medio de un vasto pantano, diezmada por las tercianas, sin comercio, casi sin relaciones con sus vecinos.

Una idea, una sola, iba sin embargo á hacer de aquella laguna, funesta hasta entonces, un campo que á todos diese la abundancia y la riqueza. Esta idea fué la *remonta*, ese instinto particular de cierta especie de pescados. Ya hemos ántes indicado el sentido de esta palabra.

En ciertas épocas del año, el pescado y el *alevin* ó cría tienen la costumbre de subir contra la corriente de los rios, ya para desovar, ya para buscar su alimento. No se trataba más que de abrir las puertas de la laguna á los huéspedes del mar, y de tenerlos encerrados luego. Para esto era necesario una comunicacion fácil y directa con el Adriático. La comunicacion existia por el puerto de Magnavacca, empero no era ni fácil ni directa. Para obviar á este inconveniente el cardenal Palotta hizo comenzar en 1631 el canal á que dió su nombre. Terminado este canal en 1634, lleva las aguas del Adriático á las partes más lejanas de la laguna.

Allí encuentran las aguas del Reno y del Volano, que penetran por numerosas esclusas y numerosas trincheras abiertas al traves de los diques que separan los rios de la laguna.

Vamos á ver ahora cómo funciona este inmenso aparato.

Estamos en la época de la subida de la pesca. Están levantadas todas las esclusas, libres todas las compuertas; el mujol, el lenguado, la dorada, la anguila y las demas familias que habitan el Adriático suben delante de las aguas dulces y penetran por bandadas en la laguna. A una señal dada ciérranse las esclusas, caen las compuertas, y el pescado se encuentra prisionero. En vano trata de escaparse, todos los pasos están cerrados, la fuga es imposible.

Al ver esto se resigna filosóficamente á pastar y engordar en los canales de Comachio hasta el día de la pesca. La observacion de sus costumbres ha enseñado un medio, tan sencillo como económico, de cogerlos. A cierta época el pescado siente la necesidad de volverse á las aguas saladas. Se abren, pues, las esclusas, se levantan las compuertas del canal Palotta, y el Adriático penetra de nuevo en la laguna. El pescado se precipita al encuentro de la corriente, y se mete en una especie de laberintos del que no debe salir ya jamas. Estos laberintos, establecidos en cada una de las islas de que está sembrada la laguna, merecen una descripcion especial.

Compónense de canales ó compartimientos que comunican los unos con los otros por aposentos con enverjados. Cuando ha penetrado el pescado en el primer compartimiento, busca la salida; y guiado por la corriente, concluye por encontrarla en el ángulo agudo de su prision. Es un estrecho pasadizo que va angostándose hasta su extremidad como la entrada de una nasa. Cuando la ha pasado, el pescado desemboca en un aposento cuyas paredes, hechas de juncos entrelazados, le cierran el camino. Quiere volver atras, está cerrado el pasadizo y tiene cortada toda retirada. Le es preciso rendirse ó abrirse paso á traves de los cañizos. Los mujoles, el lenguado y la dorada, pescados débiles, aceptan con bastante facilidad su derrota; pero la anguila no se confiesa todavía vencida. Gracias á su fuerza y un poco también á la naturaleza viscosa de su piel, entreabre las cañas que la rodean, y se desliza y escurre por en medio de ellas. Llega entonces al segundo canal, bastante grande para que pueda creerse ya en libertad. ¡Vana ilusion! En el ángulo que forma la cima del canal encuentra un nuevo aposento; pero esta vez ya no son cañas, son verdaderas rejas de hierro las que

le sirven de paredes, y la anguila ya no puede escaparse.

Los laberintos de la laguna son más ó menos complicados, según el número de sus compartimientos y aposentos; pero el sistema en todos es el mismo, tanto más ingenioso, cuanto que la pesca se hace naturalmente y por sí misma.

Es incalculable lo que produce esta pesca, y sirve para alimentar las numerosas familias que de padres á hijos viven sobre la laguna y que surten á la mayor parte de los mercados de Italia.

Si la Piscicultura ha producido sólo estos resultados ya, ¿qué será cuando Comachio use de los recursos de la fecundación artificial?

Un hecho digno de notarse en nuestra época es la poca confianza que en sus propias fuerzas tiene la industria privada. ¿Es modestia, debilidad ó otro sentimiento del que sea la base el interés que produce esto? No podemos decirlo, pero el hecho existe: hoy día los particulares se han acostumbrado á apelar á la protección del Gobierno y á que éste tome siempre la iniciativa, hasta que, probada hasta la saciedad la utilidad y ganancia de un negocio, la industria particular lo toma por su cuenta. Hay, sin embargo, honrosas excepciones; y en España, precisamente, tenemos un ejemplo de ellas.

Nuestro particular amigo D. Federico Muntadas es, indudablemente, una de éstas, y al que le cabe la gloria de haber sido el primero en introducir y poner en práctica la fecundación artificial en España. Don Federico Muntadas posee en las cercanías de Alhama una vasta y preciosa posesión denominada *El Monasterio de Piedra*: esta posesión tiene abundantes aguas y una cascada, que es la admiración de los que visitan aquel pintoresco sitio. Muntadas concibió la idea de repoblar de truchas el río Piedra; y habiendo estudiado la teoría de D. Pinchón y Jacobi, en Diciembre de 1867 hizo que un hábil pescador que tenía á su servicio cogiera cierta cantidad de truchas, á las cuales extrajo los huevos y fecundó según el método que explica Mr. Carbonier en su tratado de Piscicultura. Después de fecundados los huevos fueron colocados en la caja ó aparato Jacobi, y esperó, durante treinta y cinco días, á que salieran á luz los alevines. Estas operaciones llamaron la atención de los vecinos, y en todos los pueblos inmediatos fué la comidilla durante largo tiempo la pretensión del Sr. Muntadas de hacer truchas artificiales; empero las sonrisas burlonas de los paletos, se trocaron en gritos de admiración al ver en el mes de Enero, cuando se abrió el aparato Jacobi, que los huevecitos que en él se habían depositado se habían convertido la mayor parte en truchas y salmones pequeños.

El problema estaba resuelto, y desde entonces el Sr. Muntadas ha seguido cada vez con más éxito sus experiencias, llegando á poseer un verdadero establecimiento de Piscicultura; y en Setiembre de 1876 presentó en la Exposición Aragonesa seis truchas y seis salmones, las primeras de 14 centímetros de largo, y los segundos de 12 centímetros, obteniendo en este certamen de la Industria una medalla de primera clase.

Los experimentos que en el canal del Manzanares se hicieron bajo los auspicios del Sr. Marqués de Valderas en terrenos de su propiedad, cerca de la primera esclusa, no dieron resultado ninguno, y creo que han sido abandonados. Sólo el Sr. Muntadas continúa con su constancia, con sus estudios, con su fuerza de voluntad llevando adelante esta empresa, que indudablemente ha de dar cada vez mejores resultados, haciendo del río Piedra la cuna, digámoslo así, de la Piscicultura española. Unicamente aconsejamos al Sr. Muntadas que en lugar de hacer traer la semilla del extranjero se la procurara en España, sobre todo en Valsain, donde hay hermosas truchas asalmonadas, y en Sierra Segura y Cazorla, en los nacimientos de los ríos Guadalquivir, Segura y Mundo.

Aunque brevemente, por no permitir hacerlo con más extensión la índole de nuestro periódico *EL CAMPO*, hemos dado á nuestros lectores una ligera idea de la Piscicultura y de la fecundación artificial de los pescados.

EL CONDE DE FABRAQUER.

GABRIELA,

NOVELA ORIGINAL

DE LA

Señora doña TERESA ARRONIZ y BOSCH,

autora de la novela MARI-PÉREZ, premiada por la Real Academia Española.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nadie que hubiese estado en el teatro Real la noche del 30 de Diciembre de 187... sin tener conocimiento previo de la situación de España, habría podido imaginar que la guerra, la miseria, y una devastadora epidemia, la estaban asolando en sus más ricas y floridas provincias, exprimida su sangre y su riqueza por la maldita mano de la discordia.

Aquella noche se hacían los *Hugonotes*, y como siempre, había un lleno completo. Ya no se vestía de corte como en los tiempos de la entonces proscribida dinastía, ni se veían en sus palcos algunos de los astros esplendentes que tanto brillaban en torno de aquélla; los tradicionales escoltes se habían sustituido por el cuerpo alto, y las golas Médicis. Estuard, ó Tudor; ni tampoco los brazos de alabastrina blancura, como los mórbidos hombros, iban desnudos; pero el lujo era mayor, pues se ostentaba con exuberancia, cual sucede á cuanto se encuentra á toda la altura de su período de desarrollo.

A las ocho y media la señora del Castillo, vestida de raso gris plata, gola Médicis y una estrella de brillantes, fija en su altísimo peinado, después de despojarse de su abrigo casi regio, se instalaba en su palco platea, segundo de la derecha. Sentada regaladamente, graduó los gemelos y se puso á mirar al palco platea, tercero de la izquierda.

Era turno impar y le ocupaban Ardariz y su familia.

El primero se balanceaba allá en el fondo, sentado en el perfil de una silla calada, ocupado en ponerse los guantes, operación, al parecer, si no difícil, entretenida; su esposa, admirablemente peinada, traje azul á dos tonos y aderezo de turquesas, oía con distracción á Stagno interpretar magistral y arrebatadoramente su papel de Raul; y á causa de la misma distracción, su mirada se hallaba fija en la platea número primero de la derecha, ocupada por un hombre, Bracamonte, que á su vez, escuchando casi en éxtasis, miraba al palco principal, tercero de la derecha, en el que aparecía la Baronesa, entregada hasta la absorción al placer de oír la magnífica música de Meyerbeer. En frente de la señora de Ardariz, sin mirar á nadie, ni prestar atención á nada; su hermana política, vestida de blanco, doblada sobre sí misma como lirio tronchado, lánguida, suspirante, quejumbrosa, ostentábase en una de sus variables fases, y por cierto no la menos interesante, la de doliente.

Lelia Ardariz era blanca, muy blanca y muy descolorida; su cabello rubio con reflejos dorados caía en largas espirales sobre sus hombros; una camelia medio velada entre el vaporoso tul de su gola, otra camelia prendida en la trenza que, formando diadema, sostenía la masa de sus undosos tirabuzones, completaban su elegante y poético adorno. Según ella, tenía fiebre; sus grandísimos ojos, algo salientes y de oscura pupila, á los que no rodeaba círculo ni sombra alguna, casi fulguraban, mientras de sus labios, un poco barnizados, casi siempre entreabiertos, parecía escaparse el hálito encendido de la calentura. Sin embargo, ni abrasaba su aliento, ni menos su mano, encerrada en estrecho y fino guante.

Antes que concluyera el acto primero Castro salió por la puerta izquierda, y sin hacer el más leve ruido, fué á sentarse en la butaca inmediata á la platea de Ardariz. Saludó á éstas, después al caballero que estaba á su derecha, y luego se reclinó con indolencia en su asiento, un tanto vuelto hacia los palcos, lo mismo, eso sí, que hubiera podido en su negligente postura inclinarse hacia el centro de la sala.

Cayó el telón en medio de los aplausos, y comenzaron las acostumbradas visitas á los palcos y las multiplicadas conversaciones entre los que no

visitaban, ni siquiera, por no perder nada, se permitían salir al salón de descanso.

La primer visita fué en el palco de Bracamonte, visita muy bien recibida por cierto, pues aquél precediendo una exclamación de placer, se alzó de la silla, fué á su encuentro, le abrió los brazos y le estrechó en ellos con singular afecto y cordialidad.

El que así era recibido y agasajado, más bien era alto que bajo, representaba de treinta y cinco á cuarenta años, tenía las mejillas tostadas por el sol, la frente blanca y lisa, las cejas tendidas, los ojos pardos, llevaba patillas, y en la expresión de su abierto semblante, en sus movimientos, en todo su ser se notaba la franqueza, pero algo ruda, algo agreste, algo severa, á pesar de su finura y de la complacencia que parecía sentir.

Se alzó el telón, cada cual volvió á su sitio, menos Bracamonte y su amigo, quienes sacrificaron al gusto de hablar el placer de oír las magníficas armonías de la música. Concluyó el acto como el primero entre entusiastas y repetidos aplausos, y luego se efectuó el mismo acostumbrado movimiento que en el entreacto anterior.

En el palco platea tercero derecha, y en el segundo izquierda, solos hasta entonces, vieron de repente favorecidos. En el de Ardariz entró Castro; en el de la señora del Castillo apareció el visitante de Bracamonte, y á juzgar por las apariencias, con viva satisfacción de la amiga de infancia de Gabriela.

—Adios, Laso, dijo tendiéndole su mano, que casi redondeaba el ajustadísimo guante color de perla; gracias porque se acuerda V. de mí, siempre sola y aburrida!...

—¡Ay, María, y qué soledad tan triste la del teatro, y qué desamparo el que se experimenta en él! respondió el de las patillas sonriéndose y estrechando la mano que le había tendido, y no se cuidaba la señora del Castillo de retirar.

—Pues vea V. lo que son las cosas, con tanta gente y tanta luz, y tanto ruido de música y aplausos, es cuando me encuentro más sola. ¡Si estuviera aquí mi Pablo!...

—Si estuviera habría uno más; como si dijéramos, otra gota de agua en el Océano.

La elegante y aburrida señora del Castillo, haciendo sitio á otra idea, sin ocuparse más en la que se iba, dijo, variando de tono:

—Qué animado estaba Bracamonte hablando con usted...

—Sí.

—¿Son VV. amigos antiguos?

—Antiguísimos; empecé mi carrera con él.

Hizo la señora del Castillo tercer giro en la conversación.

—¿Ha visto V., le preguntó, á nuestra Gabriela?

—Esta tarde.

—Yo, ayer mañana, y le hice alusiones clarísimas acerca de Castro; pero nada... Es una fe, que ni la de los mártires.

—Sí, lo que sucede: quien bien obra, bien piensa...

—No, Laso, no; es que Castro le ha sorbido el seso... pero desde que la conoció.

—Buen marido, observó Laso sonriendo, se ha hecho cargo de todo lo que su mujer posee... ó poseía.

—Sí, pero no para conservar, sino para destruir.

—Quizá en parte sea un bien, dijo con acento melancólico su interlocutor. Creer es vivir.

—Vivir será; pero hacer un papel así... ¿Usted no le ha dicho nada?

—Esa fué mi intención, pero sucedió al revés.

—¿Se lo ha dicho V. al fin?

—Todo.

—Me alegro, dijo la señora del Castillo con inexplicable satisfacción; al menos, que lo sepa.

—Pues lo sabe.

—Bien, bien, bien!

Y la magnífica señora del Castillo, después de celebrar y alegrarse, aplicó los gemelos á los ojos, y éstos los fijó en el palco de Ardariz.

En aquel momento Castro, de pie, elegante é irreprochablemente vestido, puestos los lentes de oro, con su aspecto de hombre superior, con su sonrisa de cortesano, aparecía á los ojos que lo contemplaban, hablando con Lelia, mejor de lo que realmente era, y era no sólo una figura admirable, sino un poco deslumbradora.

Bracamonte, medio reclinado en su asiento, asestó los gemelos á la señora de Ardariz, que coqueteando golpeaba con su precioso abanico en sus rojos y sonrientes labios; y luego, elevando la mirada, tóvula fija, y no breve espacio, en el palco de Rosa María. Despues dejó los gemelos en la silla que tenía al lado y se puso á mirar al patio con la expresion de la más completa indiferencia.

—Castro, dijo la señora de Ardariz dirigiéndose á aquél de repente, ¿conoce V. la señora que está en el palco de la Baronesa?... ¿Aquella que le está á V. mirando sin cansarse de verle?... ¡La del lazo azul!

—¿Dónde? preguntó Castro sin mirar, distraído como estaba con lo que Lelia le decía.

—En el palco de la de Veraiz..... principal..... frente al nuestro...

Sonriendo aún, Castro levantó al fin la cabeza, miró á donde le señalaban, y, cosa rara, su faz se inmutó perceptiblemente; mas dominando su emocion, saludó á la desconocida, que con efecto no cesaba de mirarle. Lelia volvió su atención á donde su cuñada había llamado la de Castro, y excitada su curiosidad, preguntó á su vez con tono mimoso y exigente:

—¿Quién es?

—Una persona á quien suponía lejos de este sitio, respondió Castro en quien sin duda producía viva sensación su presencia.

—¿En Andalucía?

—No tanto, repuso Castro esquivando la respuesta.

—Ha dejado su saludo de V. sin pagar, observó Ardariz, que como la figura más oscurecida del cuadro era la más ávida de oscurecer.

—Achaque general de la mucha franqueza, observó su esposa con malicia, ¿verdad, Castro?

—Puede, dijo éste acompañando su breve respuesta la fina sonrisa que le caracterizaba.

—¡Pero vamos, exclamó Lelia insistiendo en la curiosidad mostrada por su hermana y haciendo suyo el empeño, ¿quién es la dama del lazo azul?...

—Sí, sí, añadió Ardariz, ¿quién es la dama tan mal pagadora de la cortesía que merece?...

Volvióse Castro, y sin dejar de sonreír, con acento forzosamente natural, dijo:

—Mi mujer.

Su respuesta cayó como una mole de plomo sobre los que le habían obligado con su empeño á darla, y por breves instantes reinó el silencio en la platea. La reaccion, sin embargo, sobrevino, y sobrevino como debía en aquellas naturalezas, y mientras Ardariz calificaba con sobra de soltura á la mujer del amigo, que era el amante de su hermana; mientras ésta murmuraba algo que sólo debía oír aquel á quien se dirigía, la señora de Ardariz tomó sus lindos gemelos de nácar y oro, y con sobra de impertinencia los flechó á la señora de Castro; pero á la que pretendía ofender con su curiosidad irrespetuosa y maligna, estaba fuera de sus mezquinos tiros; Gabriela, que sostenía los gemelos á la altura de sus ojos, ya no veía la platea, gracias al temblor convulsivo de sus manos.

CAPÍTULO II.

Rogamos al lector que nos perdone, si abriendo un paréntesis en la representación de los *Hugonotes*, le hacemos retroceder con el tiempo, llevándole desde el regio coliseo, donde tan magistralmente y entre tantos aplausos se cantaban, al gabinete de Gabriela, seis horas antes de su inesperada aparicion en el palco de la Baronesa de Veraiz.

La tarde estaba fria; el cielo nebuloso; el rayo de sol, que rasgando el manto de nubes que lo cubría, derramaba á intervalos su luz sobre la tierra, comunicábala nueva tristeza en vez de alegrarla, pues con su pálido resplandor oscurecía las nubes, trocando en negrura su plomizo color. Desde el balcón veíanse las copas de los árboles de la Florida, despojados de la hoja amarillenta y lacia que el viento arrebatava en torbellinos, alfombrando las calles del célebre é histórico paseo.

Sentada junto á los cristales, Gabriela bordaba en casimir blanco un abrigo para su hija; junto á ella, y al pié mismo del bastidor, la niña cantaba meciendo á su muñeca, y el ama, con su delantal más blanco que la nieve, hacía saltar sobre sus ro-

dillas al niño que criaba, rubio y hermoso como un ángel de Murillo, robusto y alegre más que un montañés.

Y ántes de proseguir, bueno será apuntar que Nicanora, no sólo era sana y fresca y limpia y hacendosa, sino la mejor mujer del mundo; tan extremosa para el niño, como encariñada con su señorita, por quien, y en cuyo obsequio, pisoteaba sus grandes privilegios é inmunidades de nodriza para convertirse en doncella, ama de llaves y criada de comedor, segun las circunstancias lo exigían. Además, la honrada montañesa poseía el dón inestimable de la prudencia, junto con la cualidad fabulosa del desinterés. Sobre esto, que era mucho, se añadía otra condicion rarísima: sabía callar; no se extrañe, pues, que hubiese ganado la confianza y el cariño de sus señores y que se entrometiese algo en sus asuntos.

De éstos, la buena de Nicanora sabía más; pero mucho, de lo que aquéllos se imaginaban. La casualidad, que obra cosas peregrinas, quiso que una su prima viniese á Madrid, la buscase, la encontrase; por su mediación hallára cria, y ésta fuese en casa principal, nada ménos que en la de un banquero, íntimo amigo de los señores de Ardariz, á cuya casa iba con frecuencia con el niño y en compañía de la señora.

Pronto la prima Antera se impuso de lo que no se tenía como secreto en casa del banquero: las íntimas relaciones de Castro con la familia de Ardariz, y como aquello podía interesar á su prima Nicanora, más pronto aún se lo contó, enterándola de todo la vez primera que se vieron; pero con felicísimo instinto, nunca se dió por entendida la buena montañesa con sus señores de los conocimientos ni de las confianzas de su prima. Todo lo que se permitía en la que Gabriela le dispensaba, era aconsejarla dejase aquella tan retirada y triste vida que hacía, y se vistiese y engalanase, y fuese á diversiones, y luciera mejor que otras y más que todas yendo con el señorito á paseos y teatros, y como el pretexto de no hacerlo eran los niños, ella prometía cuidar de los dos tan bien que no echasen de ménos á su madre.

Precisamente aquella mañana la prima Antera había estado á verla, y como ésta bebía hasta satisfacerse en la misma abundante y clara fuente de sus señores, dióle tales nuevas de la cacería y de la caza, que la celosa Nicanora, insistiendo en sus consejos, recargó tanto la necesidad de mudar de vida para que nadie le robára su puesto, que al fin Gabriela hubo de impresionarse, quedando muda y profundamente pensativa.

Puesta al temple de las cavilaciones, Gabriela, como llevamos dicho, bordaba con ligereza, ensimismada y seria; la niña hacía nana á su muñeca, y el niño, dando alegres gritos, cogía á puñados las coloradas y frescas mejillas de su nodriza, cuando estremeciéndose la primera, asustándose la niña, y echándose el niño al cuello de Nicanora, se hizo sentir el repiqueteo de la campanilla, tan violento y continuado, que obligó á la montañesa á exclamar saliendo de tono:

—¡Qué bruto!

Y decir á la señora de Castro entre asustada y suspensa:

—¡Si será María!

Pero no era quien llamaba la señora del Castillo, sino el visitante de ésta y de Bracamonte en el Teatro Real, Felipe Laso de Peñaranda, un primo de Gabriela, comandante de la fragata de guerra *Concepcion*, de paso en Madrid, y que anunciándose por sí mismo, y penetrando sin ceremonia en el gabinete, se acercaba al bastidor pintada la satisfacción en el rostro y la alegría en su suelto y afectuoso ademan.

—Adios Ela, dijo, imprimiendo un estrecho apretón á la linda mano que aquella le tendía, ¿tengo la dicha de encontrarte?

—Sí, y yo la de recibirte.

—Venía con miedo; me habían dicho que por la tarde no estás en casa.

—Es exacto; paseo con los niños; pero hoy, como el tiempo es desagradable, todos nos hemos quedado.

—Muy bien hecho, con eso á ellos les evitas el coger una pulmonía, y á mí me das la grata ocasion de verte... que yo he cogido por los cabellos, sin ánimo, por supuesto, de dejármela arrebatarse.

—No haya miedo que nadie lo intente.

—Pudiera, y en este concepto me prevengo.

Y el marino se bajó, cogió á la niña en sus brazos, la estrechó en ellos con ternura, cubriendo su lindísima cara de besos. Dejóla luego para tomar al niño del regazo de Nicanora, acaricióle no ménos tierna y estrepitosamente que á la niña, y volviéndosele á la nodriza, sentóse en la mecedora que ésta le puso inmediata al bastidor.

En la escena que acabamos de referir se había hecho notar la cordialidad y la satisfacción; pero todo vivo, sincero y afectuoso.

—Vaya, vaya con mi buen primo, dijo la señora de Castro mirándole con cariño; ¡nada ménos que en Madrid!

—Sí, hija, aquí me tienes completamente fuera de mi elemento.

—Verdad, verdad. Eres antiterrestre.

—Justo; esto no es para mí, y lo confieso. Aquí todo se cierne, todo se diluye, todo se adapta á una forma dada; todo se ajusta á un molde único, todo es prismático y engañoso. Acostumbrado á hacer oír mi voz de mando sobre el rugido del huracan y el estruendo de las olas, desafino en este concierto melodioso con mis fuertes y ásperas notas que lo recuerdan.

—Mi pobre Felipe, dijo su prima riendo, de tu barro no se forman los cortesanos.

—¡Oh, no! Madrid para éstos; el mar para los marinos.

—Mucho más cuando han dado dos veces la vuelta al mundo...

—De la tierra, te lo digo, sólo quiero y le pido una sepultura bendita y una casa de campo á media toesa del mar.

—Pero que esté en nuestra hermosa costa...

—Mucho que sí, donde haya olivos y naranjos y plátanos y almendros, y sobre todo nuestros magníficos viñedos, que si tienen émulo, no encuentran superiores.

—De modo que no estando á gusto, de seguro te irás pronto.

—Si me despachan en el almirantazgo, mañana. Por eso, añadió, como te dije ántes, he aprovechado la ocasion de verte y de verte sola.

La nodriza miró á la señora de Castro, consultando lo que debía hacer despues de la indicacion del marino; pero Gabriela se desentendió de la mirada y continuó el diálogo corriendo con ligereza.

—¿Sabías que lo estaba?

—Sí, porque he visto á tu marido.

—Ayer vino del Pardo...

—Ya, ya sé que ha ido de caza.

—¿Te lo ha dicho?

—No, hija, respondió el marino con su franco y decidido acento. Entre él y yo reinan vientos tan contrarios, que no nos permiten abordarnos.

—Creo que no tienes razon, repuso Gabriela con acento dulce y persuasivo. Él se apresuró á decirme tu llegada, y si no te ha ido á ver, es sin duda por sus múltiples ocupaciones. Además, no le faltan disgustos.

—Ela, replicó su primo con el mismo tono de ántes, no he respirado tanto este fino ambiente, que haya podido aclimatarme. Poco dúctil, ni miento ni disimulo; con callar hago bastante, y aún sobrado.

—Pues ahora no callas, dijo con expresion casi festiva la señora de Castro.

—¿Qué sabes tú!...

—Sé lo que oigo, Felipe, y oigo la queja que callando acusa. No sé por qué, añadió con sentimiento, estais todos contra nosotros.

—Contra tí, nadie.

—Lo mismo, y aún más que contra Ambrosio, pues soy la que recibo los golpes y ántes recibí las amenazas. Yo, Felipe, y quisiera que de ello os convencierais, hago mias sus ofensas, como él hace mias sus glorias; soy su mujer.

—Su víctima, dijo el marino mirándola fija y compasivamente, lo que es siempre con hombres como él, la mujer de tus prendas y de tu educacion.

—Teneis prevenciones inconcebibles, diríase que irracionales, contra el hombre de más corazon, de más delicadeza y de más rectitud que existe ni existió jamás.

—Ela, replicó el marino sin perder nada de su cordialidad, pero tampoco de su conviccion, te lo digo como se lo diría á Dios que lee en nuestros corazones ántes y con más claridad que nosotros mis-

mos; no tengo prevencion alguna con respecto á tu marido, en quien reconozco lo bueno y estimable que hay en él: su figura y su imaginacion. Constantemente en el mar, mis negocios con la tierra son pocos, y para juzgarlos y resolverlos tengo mi jurisprudencia particular; tampoco se alberga en mí ese ruin sentimiento de envidia que se nutre con odio y se goza en el desprestigio de aquel que se la inspira; pero conozco los motivos de queja de la familia y los creo justos; no ignoro cómo tu marido se porta contigo, y lo repruebo con energía, sublevándose contra él mi corazon y mi conciencia.

— Es este un punto tan delicadísimo y de fuero tan íntimo, que ni con Dios me resuelvo á ventilarle, dijo la señora de Castro con seriedad y entereza; dispensa que no lo haga contigo, y que sólo responda á lo que con tanta energía reprueban tu corazon y tu conciencia. ¡Calumnia!

— ¡Ela!

— ¡El que lo diga, que lo pruebe!

La voz de tan dulce timbre de la señora de Castro, vibrando con fuerza, salió en su reto del tono apacible, tan natural, tan propio, tan constantemente suyo, y el oído acostumbrado al mugir del vendabal y al bramido de las olas azotadas por aquél, no pudo percibirlo sin comunicar á su sér fuerte y extraña conmocion.

— Nado bastante bien, respondió su primo, serio, pero sin salir de tono como ella habia salido, y por alborotado que esté el mar, nunca me ha hecho tragar en sus furias ni una sola gota de sus amargas aguas. Te he dicho que tu familia se queja con razon, y lo sostengo por mi propia cuenta. Cada año se desmembra de tu propiedad una finca, que por un pedazo de pan pasa á manos extrañas, perjudicando á los tuyos que tienen incontestable derecho de preferencia para adquirirlas; pero que no les sirve, porque cuando la venta se sabe, ya está hecha cautelosamente. Tu marido está dissipando tu caudal, arruinándote por instantes.

— Mi marido, con un desprendimiento y un desinterés que lo enaltecen, no tiene la administracion de mis bienes, pues no quiso ni aun hacerse cargo de ellos cuando nos casamos, autorizándome para que yo dispusiese libremente de todo, renta y capital; mi marido, hace muy poco, hablándome de la situacion en que se halla, se ha mostrado dispuesto á todos los sacrificios, excepto á permitir que yo haga uno más de mis bienes.

— Tu marido lo acuerda muy tarde, si así lo acuerda, y en cuanto á no haberse hecho cargo de tus bienes, ha sido calculadamente, para declinar en tí la responsabilidad legal de tu ruina, que él consume, no tú. Yo he adquirido, dando una prima, dos fincas tuyas, mal vendidas por tu administrador, dos casi robos, que retengo para restituirte á tí ó á tus hijos, con más los intereses que representen sus frutos.

— Te doy las gracias por mí y por mis hijos, dijo la señora de Castro con firmeza; pero así como tú no tragas nunca la gota de agua de los alborotados mares, yo por mí y por mis hijos no recibo ni recibiré jamas aquello de que me he desprendido en mi derecho y con mi voluntad, ni aún á título... de restitucion!

— ¡Pobre Ela mia! repuso el marino con acento de profunda tristeza, siento verte tan ciega, que haya que luchar contigo para separarte del abismo á cuyo borde estás.

La risa asomó á los labios de Gabriela, y aquella risa de burlona expresion, cayendo sobre la tristeza del marino, produjo un movimiento explosivo, semejante al que produce el fuego en la pólvora comprimida.

— ¡Lo que debe mi marido, exclamó Gabriela despues de reir, lo que debe mi marido á la familia de su mujer!

— Podria contestarte en vista de lo que contemplo, dijo el que en tan ingrata sazon la representaba, que muchísimo más que merece; pues tu marido, despues de arruinarte y de arrinconarte, no te estima, ni te guarda las consideraciones que la señora y la madre de sus hijos reclaman de justicia al caballero y al padre.

— ¿Pero quién ha dicho eso?...

— ¡Todo Madrid y media Sevilla!

— ¡Pues todos se engañan! dijo Gabriela con energía.

— No, hija, todos aciertan, porque tu marido ha

escrito públicamente con sus acciones su compromiso con la casa cuya razon social es Ardariz, y el capital su hermana Lelia.

Las mejillas de Gabriela se tiñeron de púrpura; sus ojos destellaron luz, y trémulo el labio, con acento de dignidad:

— Siento tener que recordarte, dijo sin mirarle, que te hallas en casa del hombre á quien de tan sangrienta manera ofendes.

— Tienes razon, y me duele haberlo olvidado, contestó su primo levantándose; perdona á mi lealtad su rudeza, y recibe todas las satisfacciones que en tí le doy.

— Y tendiéndole la mano,

— Adios, Ela, añadió conmovido, y manda lo que quieras para Sevilla.

— Un abrazo á tu madre, pues supongo que irás á verla.

— Sí, hija mia, el mes que tengo de licencia es para pasarlo con aquella santa, que, sin dejar la tierra, vive ya en el cielo.

Estrechó la mano que fria como el hielo temblaba en la suya y salió del gabinete sin que Gabriela le acompañase con su mirada.

Cierto que tampoco le hubiera visto, pues cubria sus ojos un velo de lágrimas.

En cuanto desapareció el marino, Nicanora, que habia estado dando golpecitos en los cristales para entretener al niño, mejor dicho, para distraerse ella misma y no oír, pero que á pesar del repetido golpeo, nada se le habia escapado, se volvió á su señora, y acercándose con aire resuelto:

— Su primo de V. no anda desencaminado, señorita; afirmo sobre todo lo que ha dicho de la Lelia.

En medio de su llanto silencioso y amargo, Gabriela alzó la cabeza, y clavando sus ojos en la montañesa:

— Pues qué, ama, le preguntó en el colmo de la sorpresa, ¿sabe V. algo?...

— De pe á pa, señorita de mi alma, sólo que no he querido decírselo á V. nunca por no afligirla.

Y la buena de Nicanora, como la veia afligida, perdió sus escrúpulos y se lo dijo todo como lo sabía: de pe á pa.

CAPÍTULO XIII.

La Baronesa habia cedido su sitio á su amigo, y ésta, sentada con un poco de negligencia, concedía, ó aparentaba conceder, toda su atencion al palco escénico. Ni una sola vez habia vuelto á mirar al de Ardariz, ni á hacer uso de los gemelos abandonados en la silla próxima. En cambio, Bracamonte, desde el fondo del suyo, miraba sin cansarse á Gabriela, seductora por sus atractivos, interesante en su distraccion, admirable por su elegancia, que realzaba la sencillez misma de su adorno.

Producido por la especie de sobrecogimiento que experimentaba, la Baronesa permanecía muda, pero en su mente corrian y se cruzaban las ideas algo más que atorbellinadas, y aparentando abstraerse en ella, pinguna de las dos, sin embargo, oía la mejor música que ha brotado de la pluma del génio en su más alta y sublime inspiracion, pero que en aquella noche de extrañas complicaciones, sólo era para ellas ruido, ni aún ruido, porque no lo escuchaban, entregadas, á pesar de su aparente éxtasis, á sus revueltos y agitados pensamientos.

Nadie, fuera de la señora del Castillo, se ocupaba en lo que hacía ó no hacía Castro, que cometiendo inconveniencia sobre inconveniencia, permanecía en el palco de Ardariz; pero relegado con éste al fondo de aquél, sonreía con Lelia, más lánguida, más suspirante, más quejumbrosa que nunca.

Concluyó el acto; cayó el telon entre aplausos, volvió á levantarse y á caer de nuevo, y de nuevo á alzarse, hasta que poniendo término los espectadores á sus entusiastas manifestaciones, se restableció la calma y comenzaron las visitas.

En el palco de Ardariz se recibió con agasajo la del secretario particular de Bracamonte; en el de la señora del Castillo habia dos señoras, y las tres se disputaban la palabra para levantar á María Sax hasta el sexto cielo, y á Stagno todavía más alto.

Así que cayó el telon la primera vez, la Baro-

nesa aproximó su silla á la señora de Castro, y con acento cariñoso

— ¿Cómo ha sido este arresto, Gabriela mia? le preguntó.

— Mi buena Rosa, contestó con tono cortado, para ver... despues de oír.

Partiendo, por supuesto, del principio, que lo que ves y oyes en el teatro...

— Es un drama... ¿verdad?

— Pero fantástico.

— ¡Oh, no, real!

— El acento de Gabriela heria. El recinto parecia hundirse con el estruendo de los aplausos, y la Baronesa, inclinándose hácia ella:

— ¡No calles, le dijo, habla, Gabriela, habla!

— Deja, deja que pase este huracan...

La Baronesa le tomó una mano.

— Si te parece, nos iremos... las dos hemos oído cien veces *salva á Raul*.

— Por mí, no; cuando concluya nos iremos, y si Ambrosio no viene por mí, tú me llevarás á casa en tu coche.

— Eso, de todos modos.

Sonrióse Rosa María, y con naturalidad:

— ¿Quién te ha traído? le preguntó.

— El ama.

— Creí que tu primo Felipe.

— ¡Ah, no! mi primo ha reñido conmigo... Era el único de mi familia con quien estaba en paz, pero hoy, Rosa mia, ¡no existe ni aun entre Felipe y yo!

— No lo creas; te quiere tanto...

La Baronesa no acabó la frase, pues Bracamonte apareció entre la plegada cortina de terciopelo, anunciándose con la más respetuosa y galante de todas las fórmulas convencionales. Levantóse la Baronesa para recibirle, medio se incorporó Gabriela, y la primera, amable y al par ceremoniosa, hizo su doble presentacion. Trocaron los presentados con su saludo las palabras sacramentales que en tales actos se pronuncian, y en pos de la última, Rosa María, dirigiéndose á Bracamonte, dijo con gracia y soltura:

— Esta noche estoy maravillosamente favorecida.

— No me atrevo á contradecir, ni aún por modestia, aunque conozca la descortesía, respondió Bracamonte con oportunidad.

— Muy bien hecho, repuso la Baronesa, convenir en el favor, es confirmarlo y rendir culto á la verdad, dos cosas muy meritorias y muy gratas.

— Baronesa...

— Y ya que todo viene tan peregrinamente combinado, prosiguió Rosa María acentuando, me permito presentar á V. un interesantísimo proyecto de ley para su segunda lectura.

— Lo admito... á nombre del congreso de diputados.

— La señora de Castro lo apoyará.

— Si así lo hace, déle V. por tomado en consideracion.

Cada una de las réplicas de Bracamonte superaba á la anterior en lo pronta é intencionada.

— Se refiere, dijo la Baronesa con su tono suelto y ligero, bajo el que se ocultaba poderoso y palpitante interes, á los preliminares para la conciliacion... de que hablé á V. no há mucho.

— Hace dos dias, lo recuerdo perfectamente.

Volvióse Rosa María á Gabriela, y haciendo nudo sobre nudo al compromiso que Bracamonte no esquivaba.

— Aludimos á los que deben preceder á la incorporacion de Castro con el partido que representa el poder; de su nombramiento para una...

— Plenipotencia en los Estados del Norte ó una comision con poderes extraordinarios en Francia ó Inglaterra, añadió Bracamonte formulando por entero las pretensiones de la Baronesa, negadas por él terminantemente dos dias ántes.

— ¡Bendigo la memoria que tan bien conserva los recuerdos!

— ¿Qué quiere V., Baronesa? esa es la natural consecuencia de vivir exclusivamente de ellos.

Como si Bracamonte buscara en Gabriela, ó la aprobacion, ó la confirmacion de lo que decia, volvió á ella sus ojos; pero la señora de Castro tenía los suyos fijos en el palco de Ardariz, mejor dicho, en su marido, que detras del asiento de Lelia dejaba caer á plomo su mirada sobre la joven con tenacidad y complacencia. La Baronesa miró.

lo que Bracamonte miraba y lo que miraba Gabriela, y dirigiéndose al primero:

—¿Quedamos, le dijo, en que mi proyecto de ley se aprobará?...

—Quedamos, respondió Bracamonte, si la señora de Castro lo desea.

Gabriela levantó sus ojos, tan hermosos, tan extremadamente hermosos, que podía llamárseles sin temor incomparables, y fijándolos en él, y cruzando con él la primer palabra, dijo:

—Lo deseo y lo ruego... con toda mi alma.

Bracamonte se inclinó ceremoniosamente.

—Tratándose de mí, respondió con acento en el que la seriedad dió altísimo carácter á la galantería, no debe V. rogar nunca, pues en su derecho puede mandar y mandar hasta imposibles, segura de que será feliz realizándolos por su deseo.

En aquel momento Castro sonreía á Lelia que lánguida y coquetamente le miraba y sonreía.

Gabriela saludó en silencio á Bracamonte, pero la Baronesa, cubriendo el silencio con su voz,

—Querido amigo mío, le dijo tendiéndole la mano con expansión y estrechándola con afecto, si fuera pueblo soberano, lo elegía á V. rey para que lo fuese el mejor caballero de España.

—¿Sin temor á la historia?

—Sabe V. quién soy y cómo soy: sin temor á nadie ni á nada.

Y con expresión é intención tan marcadas que hicieron estremecer á Gabriela.

—Ni á Dios mismo, añadió, porque Dios, como suprema inteligencia, da á los sentimientos y á las acciones el subido ó bajo valor, no que representan, sino que tienen.

—Después de admirarla á V. como buena, dijo Bracamonte contemplándola con interés, hay que adorarla como discreta.

En aquel punto se hizo oír la campana tocando en el escenario, y Bracamonte, disponiéndose á volver á su palco, dió la mano á Gabriela y á la Baronesa que, sonriente, pero con acento suplicante, inclinándose hacia él, muy de quedo le dijo:

—¡Pronto, por Dios! ¿Sí?

—*Fiat*, respondió Bracamonte sonriendo y estrechándole la mano.

El telón acababa de levantarse.

CAPÍTULO IV.

La noche continuaba fría y desapacible; al rumor de las pocas hojas que el viento hacía chocar entre sí y como jirones colgaban de las ramas de los árboles, sólo de tiempo en tiempo solía mezclarse el grito del centinela que velaba en los puestos avanzados de Palacio. Fuera de éstos, ningún ruido se percibía: el de los coches había cesado por completo, reinando en la zona, ántes tan animada, del teatro Real, ora enteramente desierta, profundo y melancólico silencio.

Mayor que éste era la oscuridad. Á trechos la luz del gas la rompía; pero sin bastar á disiparla, palideciendo ella misma envuelta entre la niebla que subía del Manzanáres, y las ráfagas del viento hacían correr y replegarse, no sin dejar á la noche la humedad que se desprendía de sus ligeras y flotantes masas. Todo parecía dormido; sólo el rayo de luz que se escapaba á través de los cristales del gabinete de Gabriela daba seguro indicio de que alguien velaba á pesar de lo avanzado de la hora y de lo desagradable de la temperatura.

Todo callado en el interior, como en el exterior, ya no había luz y fuego más que en el gabinete de Gabriela; y ésta, envuelta en su blanco y bordado peinador, sentada delante de la chimenea, tendía sus manos á las rojas brasas que se iban amontonando, puestos los diminutos pies en los morillos, sin que manos y pies acabasen de perder el horrible frío que los helaba. La huella del llanto se conservaba fresca en sus descoloridas mejillas, revelándose la amargura de su alma y la abstracción de su pensamiento en la mirada tenazmente fija, en la viva y alegre llama, que ora se retorcia en torno del seco leño, ora se elevaba sin oscilaciones ni zumbidos. En el brazo que dejaba medio descubierto la ancha manga del peinador brillaba una pulsera de oro, puesta por la mano de su marido el día de sus bodas, y de la que nunca se había despojado un solo instante.

La fecha, sin embargo, no era reciente. Gabriela se casó muy joven, tan joven que aún no tenía veinte años; y se casó tan profunda y ciegamente enamorada de su marido, que sólo su amor le hizo arrostrar todos—y no fueron pocos—los obstáculos y contrariedades que se oponían á su enlace, sin regatear ninguno de cuantos sacrificios pueden hacerse en aras del sentimiento y á los respetos de un hombre.

Triunfó de todo á fuerza de perseverancia y voluntad; se casó y fué feliz, muy feliz, inmensamente feliz, y no por lo que recibía, no—Gabriela se había casado con un egoísta—sino por lo que daba; un rico é inagotable tesoro de amor, confianza y rendimiento.

Nunca tan estrechamente como en Gabriela se unieron en mujer alguna el corazón y la fantasía para convertir al simple mortal en Dios, levantarle altísimo pedestal, colocarle en él y postrarse al pie rindiéndole el culto de su adoración. Nunca mujer alguna fué tan exacta y fiel en el cumplimiento de los deberes contrarios, de los que á la santidad añadió la inflexibilidad, nunca concedió nadie tanto al marido, ni elevó su entusiasta aprecio al hombre al raro extremo que ella.

Peligroso aquel sentimiento por su exceso mismo, la familia de la señora de Castro, opuesta en masa, primero á su amor, después á su casamiento, más tarde á sus sacrificios, trató de derribar al ídolo dando por el pie á su pedestal, mas hizo inútilmente: el entusiasmo constituía conciencia; la adhesión, robusteciéndose al apoyarse en sus deberes conyugales, acabó por comunicarle tan rara, tan fanática intransigencia, que no admitía en su marido ni la sombra de un defecto, ni en persona alguna el derecho de juzgarle, mucho menos la ingerencia en sus asuntos privados.

Esta exageración de afecto y de obligaciones dió en breve tristísimos resultados. Castro se creyó lo que su mujer le creía: un sér superior que merecía ser adorado, respetado y obedecido; un sér que en la grandeza de sus méritos, en la legitimidad de sus derechos, lejos de deber gratitud alguna por el amor y los sacrificios de su esposa, la favorecía recibiendo; el vacío se hizo en torno de Gabriela, separóse su familia profundamente disgustada del giro que cosas y sentimientos iban tomando, y ésta y aquélla cortaron relaciones.

Así transcurrieron los primeros años de su matrimonio; pero aquella felicidad, obra del profundo amor y la ciega fe de la mujer, comenzó á cubrirse de sombras. La cesantía de Castro fué el primer golpe, pues con ella vino el desequilibrio de gastos é ingresos; éste trajo un nuevo quebranto cada día en el crecido patrimonio que la mujer aportó, y del que el marido, salvando toda responsabilidad legal, como había dicho el marino, no quiso hacerse cargo; vino con la continua desmembración del caudal, las inquietudes, las privaciones, el retraimiento de la mujer y las primeras tirantezas del marido.

Aun así, Gabriela se tenía por dichosa; no diríamos que lo era, porque su fe iba, en situación análoga á su caudal, disminuyendo. Sin embargo, Castro solía consagrarle una ó dos horas por la tarde, acompañándola á la Florida; le confiaba sus disgustos, que eran los de la vanidad irritada y la ambición cruelmente detenida en lo mejor de su atrevido y poderoso vuelo; y no la faltaba á ninguna de las consideraciones que merecía la mujer, la madre y la señora; pero todo medido, pesado, ceremonioso; todo impuesto por su voluntad, nada brotando espontáneamente de su alma.

Además, ya no había medio hábil para darle á las cosas nueva forma. Constituido en autoridad soberana, Castro era—y mantenía su privilegio á toda su altura—indiscutible en su personalidad, en sus aspiraciones, en sus determinaciones, en sus actos; y después de ser indiscutible é inviolable, se hizo intolerante, y más tarde inflexible, y, por último, severo hasta tocar en la rigidez del impecable; pero á pesar de su inmenso orgullo y de sus inmensas pretensiones, ante Dios que conoce y tiene el verdadero nivel de las criaturas; ante Dios que penetra con su mirada escrutadora los abismos del corazón y del pensamiento humano, Castro no valía más que lo que valen los hipócritas de todo género, aquellos que sobre estrecha y falsa base levantan el altísimo edificio de su engreimiento y ambición. Refinado como han sido,

son, y serán, todas las corrupciones sociales; ansioso de poder, sediento de goces; su elasticidad moral le había conducido paso á paso á la relajación de su fe conyugal y de su fe política, de que, dicho sea de paso, eran negociadores poco felices la familia de Ardariz, sociedad en comandita en la que el marido ponía la actividad, la mujer su travesura y la hermana su perversión.

Dieron las dos en el reloj de palacio; y ántes que repitieran sus lentas vibraciones, Castro se detenía delante de la puerta de su casa, mientras el sereno, que desde la plaza de Oriente le venía acompañando, puso la llave en la cerradura, dió dos vueltas, la abrió, introdujo el farol para reconocer el portal, y hallándole desierto y silencioso, cedió el paso, entró aquél, cerró éste, y el reloj repitió la hora perdiéndose el eco en el espacio.

LA CAZA DE LIEBRES CON GALGOS.

El príncipe D. Juan Manuel, hijo del infante don Manuel, famoso cazador, valeroso militar é insigne escritor, dice, en el cap. xli del libro *Del caballero et del escudero*, que «*Non ha cosa que se mas se la lleve con las maneras del caballero que ser montero et cazador. E porque yo entendia que esto cumplia mucho á mi estado, usélo mucho.*» Y el príncipe Juan tenía razón; el noble ejercicio de la caza se asimila al de la guerra, y tanto al uno como al otro, desde la antigüedad se han dedicado los nobles; pero así como hay en las diferentes armas privilegios especiales, la caza los tiene también, y así se ve que el ejercicio, digámoslo así, de la caza de la liebre con galgos fué siempre privilegio de los reyes, de los príncipes y de los nobles; considerándose en Europa y en África el galgo como animal aristocrático y que no podían tener ni usar sino personas de alta distinción por su rango y categoría, ó por poseer cuantiosos bienes de fortuna, pues la manutención del galgo y sus cuidados son sumamente costosos.

En la ley 11, tít. xxx, lib. vii, de la *Novísima Recopilación*, en el art. 5.º de la Real cédula del Consejo de Castilla, dada en 1804, se lee lo siguiente:

«Se prohíbe el uso de los galgos desde 1.º de Marzo hasta el día en que se termine la veda general y en las viñas hasta que el fruto se haya recogido. Asimismo no podrán usarse de galgos para la caza en diez leguas á la redonda de la corte y sitios reales, y si sólo podrán hacerlo y dedicarse á esta caza los hidalgos ó personas de distinción y hacendados que obtuvieren previa licencia del Consejo en sala de justicia, y sólo conforme marca el artículo 6.º de la Real cédula.»

Como se ve por el artículo que hemos citado, la caza del galgo en España era un privilegio, para cuyo uso se necesitaba obtener licencia del Consejo de Castilla y de su sala de justicia; y así se veía que tanto en Castilla como en Andalucía y Extremadura y la Mancha, sólo en casa de los hidalgos se encontraban galgos que dedicaban á la caza de la liebre; ahora, pues, demostrado como lo hemos hecho el privilegio del noble ejercicio de la caza del galgo, vamos á decir algo sobre este animal, sobre sus cualidades y sobre las diferentes castas que existen de él, ocupándonos después de la caza de la liebre y de las diferentes peripecias que en ella ocurren, y modo de adiestrar el galgo en ella.

El galgo se distingue de los demás perros de caza por la esbeltez de su cuerpo, por tener el vientre muy hundido, finas y altas las piernas, cola larga y delgada y enroscada ligeramente, y las orejas echadas hacia atrás y rectas, pero con la punta colgante, afilada cabeza, hocico puntiagudo y cortos labios. Llama en el galgo particularmente la atención la forma del pecho, que es ancho y extenso y provisto de grandes pulmones que pueden satisfacer las necesidades de la cinatosis aumentadas por la congestión pulmonar que produce la rapidez de la carrera. Las partes blandas, por el contrario, son muy reducidas, á fin de establecer el equilibrio en el cuerpo sobrecargado por el desarrollo torácico. Las patas del galgo son muy delgadas, de tal modo, que se ven todos los músculos con sus fuertes tendones lo mismo que se distinguen en el tórax los músculos intercostales,

pareciendo algunos galgos al verlos tan flacos y escuálidos, preparaciones y anatómicas.

La cola, delgada y larga, descende hasta bastante más abajo de la articulación tibio-társea, y la lleva tan pronto colgando como levantada horizontalmente ó un poco enroscada. Algunos galgos tienen poblado de pelo este órgano, y á esta raza se la cree la más rápida en la carrera; cubren el cuerpo del galgo pelos cortos, compactos, finos y lustrosos, pero algunas razas, los tienen largos: su color es amarillo-rojizo, parecido al tinte leonado del corzo; así son los de las castas persas, africanas, francesa y española, pero suele también haber algunos de piel manchada ó blancos, y éstos no se reputan por buenos, pues casi siempre son más débiles que los de color uniforme.

Las razas principales que se conocen de galgos son: el africano, el griego, el español, el francés, el inglés, el árabe, el persa, el italiano, el chino, el tártaro, el ruso y el de las Islas Baleares.

Todas estas razas se diferencian muy poco y sólo en el pelo más ó menos largo y en el color. El galgo ve y oye muy bien, pero su olfato es poco sutil, porque las ventanas de la nariz no tienen en el estrecho y puntiagudo hocico el lugar necesario para desarrollarse suficientemente; de modo que los nervios olfativos no pueden extenderse en una superficie tan grande como en los otros perros.

Por sus costumbres se distinguen de todos los demás individuos de la raza canina. Es un animal egoísta en el más alto grado; no manifiesta gran cariño á su dueño; se deja acariciar por cualquie-

ra y acaricia á su vez á todo el mundo; pero recibe los halagos con menos placer que otros perros y también se encoleriza mucho más pronto enseñando los dientes por poco que le molesten. No se puede negar que tiene cierto orgullo y altivez, pues no tolera que se le desnude; cuando le afecta alguna cosa, late su corazón apresuradamente y tiembla todo su cuerpo.

Por todos estos caracteres, no es el galgo compañero del hombre, sino hasta cierto punto. No le demuestra afecto como se le halague continuamente; pero si otra persona lo hace también, manifiéstase con ella igualmente amistoso.

La infidelidad es en el galgo histórica: aún no estaba muerto Eduardo III, cuando su querida le quitaba del dedo una sortija preciosa, y le abando-



LA CAZA CON GALGOS.

naba su galgo favorito para seguir á los enemigos del rey. ¡Qué diferencia entre estos perros y los que viven sobre la tumba de sus amos sin olvidarse en mucho tiempo!

El galgo se conduce con los otros perros lo mismo que con el hombre. No los aprecia: le son indiferentes; pero si hay lucha, él será de fijo el que dé la primera dentellada; y es, á la verdad, un combatiente peligroso. A pesar de su aspecto raquítico, tiene bastante fuerza, siéndole muy ventajosa su elevada talla; coge á su adversario por la nuca con facilidad, le levanta del suelo y le sacude hasta aturdirle completamente. Los otros perros, más nobles, tratan á los perritos con cierta consideración, y en todo caso no les muerden nunca; pero el galgo los acomete y los mata sin el menor escrúpulo.

Este animal presta servicios á pesar de sus defectos y es hasta indispensable para los cazadores en ciertos países. Se utiliza más en el Sur y en las estepas que en el Norte de África.

Los tártaros, los persas, los sirios, los indios, los beduinos, los kábilas, los árabes, los habitantes del Soudan y todos los demás pueblos del interior de África y Asia, le estiman en mucho, y con frecuencia lo cuidan y quieren lo mismo que á su

caballo; tanto, que es refrán entre ellos: *Que no vale tanto la corona de un rey como un galgo.*

En Alemania se emplea poco el galgo, porque es demasiado peligroso, y también en Francia está prohibida la caza con él por la ley de 3 de Mayo de 1844. En el Crau y la Camarga se tolera, aunque no se permita, siempre y cuando se obtenga una autorización del Prefecto, pero ésta sólo la consiguen, y á mucha costa, los grandes propietarios.

Hemos hablado de las diferentes castas de galgos; vamos á decir algo del galgo africano.

El galgo africano tiene todos los caracteres del europeo, solamente que su olfato y su oído es mucho más fino, y se dedica no sólo á la caza de la liebre, sino á la del antílope y del mono. Esta clase de caza, según refiere Didier en su obra *Quinientas leguas por el Nilo*, es sumamente divertida; cuenta «que en los alrededores de Abon-Hamed, en la Nubia, hay una aldea rodeada de un inmenso bosque que está poblado de monos; cuando se quiere cazar se prende fuego á las hojas secas de los árboles, y acosados los monos por la llama, dan saltos prodigiosos, huyen y caen á tierra; entonces se sueltan los galgos, que los persiguen y acosan hasta apoderarse de ellos.

Es tan estimado el galgo en el África, que en el Yemen el que mata un galgo se le castiga mandando entregue al dueño del animal tanto trigo ó maíz como se necesite para cubrir el cuerpo de la víctima, que se cuelga de las patas, de modo que el hocico llegue al suelo. Teniendo en cuenta el alto precio que el grano alcanza en aquel país, se podrá formar una idea de la enorme suma que representa la multa. En muchos puntos del África, no sólo el galgo caza la liebre y el antílope, sino que acomete á la hiena, al leopardo y hasta al león.

En la Arabia es tan estimado el galgo, que ha habido hombre en el Sahara que ha recorrido veinte ó treinta leguas para aparear una galga con un galgo de renombre.

Cuando la galga está preñada, se observan con ella toda clase de cuidados, y cuando pare, aquel de los galguitos que se sube sobre los demás, es reputado siempre como el mejor, y hay también la preocupación de que es mejor el primer cachorro que pare la perra, ó el tercero ó el quinto, siempre el número non. A los cuarenta días se debe destetar á los cachorros, y á los tres meses empieza la educación; pero entre los galgos que hemos citado, el más estimado en Francia y en España es el de la

Baleares, que es con el que generalmente se caza la liebre y el conejo en Francia.

El precio del galgo es el más subido de todos los perros de caza, según ha demostrado la estadística de la última Exposición canina verificada en París.

Los ingleses han tenido siempre gran afición á esta clase de perros, y el Mayor Tophan, de Malteu, en el condado de York, se hizo célebre en las cacerías por poseer un galgo infatigable y de una gran habilidad en la caza de la liebre, llamado *Snowall*. Hoy á los ingleses les gusta con pasión ver correr los galgos en sus parques, y les importa ménos poseer la liebre que hacer ganar el premio al perro victorioso, y admiran la ligereza y energía del galgo durante su carrera.

Es sumamente notable que el galgo inglés no sirve para la caza en España, ni el español en Inglaterra; más aún, el galgo criado en Castilla no caza bien ni en Andalucía, ni en Extremadura, ni en la Mancha, ni éstos en Castilla. El galgo, para ser buen cazador, necesita no salir del terreno donde ha nacido, donde se ha educado, donde ha empezado á cazar. El galgo se adiestra fácilmente para la caza, y esto debe empezar cuando cumple año y medio, comenzando primero por llevarlo atado á fin de que se acostumbre á obedecer. Después se le conduce con un galgo viejo á un sitio adonde haya pocas liebres y se hace de modo que las primeras, que sean jóvenes, las vea, las levante y las siga en la carrera; para esta enseñanza el terreno debe ser llano y descuberto, de manera que el jinete pueda pasar por todas partes á fin de que llegue á tiempo cuando el perro haya cogido la pieza y evitar que la destroce. La lámina que damos á nuestros lectores representa la caza de la liebre por el galgo y es sumamente curiosa y divertida.

La liebre, ménos torpe de lo que se cree, no bien percibe el galgo sabe burlarle: más inexperto el galgo, no bien el cazador lo ha soltado, persigue á la liebre dando saltos prodigiosos de dos á cuatro metros, y en un momento se halla al alcance de la liebre; empero, cuando la va á coger, se le escapa su víctima. El animal perseguido, al ver cerca el galgo, hace un recorte, mientras que el galgo, impulsado por su precipitada carrera, llega mucho más allá, perdiendo casi el equilibrio; entonces se revuelve furioso, mira á su alrededor, ve á la liebre huyendo á más de cien pasos de distancia, lánzase de nuevo á su seguimiento, la alcanza y al fin cree cogerla, pero el animal hace otro recorte y se escapa por segunda vez. Entonces los cazadores sueltan otro galgo contra la pieza, y mientras el uno la persigue recto, el otro la corta la retirada, y se confirma el refrán español de *dos galgos, liebre muerta*. En el momento de ser co-

gido el animal, debe llegar el cazador, pues de lo contrario los galgos destrozan y echan á perder la presa. El galgo que impide á los otros que destroce y se coma la liebre, se llama *salvador*, y *solista* el que por sí solo sabe acorralarla y apoderarse de ella á la carrera; se llama *traidor* al que en lugar de correr recto tras de la pieza, la va flanqueando el terreno y llega tranquilo y reposado

á cortarla en uno de sus recortes.

El *salvador* y el *solista* son sumamente apreciados por los cazadores; pero el *traidor* muchas veces es castigado sobre el terreno y hasta ahorcado para escarmiento de los demás perros.

Hoy día en pocas partes se caza la liebre con galgos, ya sea porque ha disminuido la afición, ya porque la verdadera raza de los galgos ha ido desapareciendo, ya porque son pocos los terrenos en donde con facilidad se pueda disfrutar de esta deliciosa caza; así es que sólo en algunos puntos de Castilla, Andalucía, la Mancha y Extremadura se puede hoy disfrutar de lo que los aficionados á la venatoria dan el nombre técnico de la caza de correr liebres.

EL C. DE F.



ALOCASIA INTERMEDIA (AROIDEAS).



HELICONIA SEEMANNI (SCITAMINEAS).

NUESTROS DIBUJOS

DE PLANTAS.

Las plantas que representan nuestros grabados (ó dibujos) pertenecen á dos familias del reino vegetal que se distinguen por el vigor y lozanía de su vegetación y la magnitud de sus hojas, bizarramente pintadas algunas veces de colores tan ricos que pueden rivalizar con las más bellas flores: las *Aroideas* y las *Scitamineas*.

Diez ó doce especies de la primera familia citada pueden resistir el invierno al aire libre, aún en el Norte de Europa. De ellas citaremos y recomendamos dos espontáneas del Mediodía de Europa, pero no ménos interesantes por eso: el *Arum crinitum*, planta muy curiosa por sus tallos marmoreados, sus hojas recortadas y sus flores de un pié de largo, anchas, encarnadas y muy peludas; el *Arum Dracunculus*, que simula una pequeña palmera de dos piés de altura, y por grupos de seis á ocho plantas produce muy buen efecto en los céspedes. Debemos advertir, sin embargo, que las flores de estas plantas huelen muy mal, y deben, por lo tanto, alejarse de las habitaciones.

Las demás *Aroideas* y todas las *Scitamineas*, oriundas de los países cálidos y de sitios bajos y húmedos, reclaman la estufa caliente, ó por lo ménos, una buena estufa templada. Pero algunas pueden pasar el verano y una gran parte del otoño al aire libre y contribuir así duran-

te algunos meses al adorno de los parques y jardines.

El *Caladium aesculentum*, planta comestible en su país, y cuyas hojas alcanzan hasta un metro de largo, sobre 60 á 70 centímetros de ancho, empieza ya á conocerse y á propagarse en Madrid.

Es probable que si se experimentasen las dos ó trescientas clases que se han traído desde princi-

prios de este siglo, algunas ó muchas podrían desempeñar el mismo papel, especialmente en nuestras provincias meridionales.

Desgraciadamente en España, ni en los establecimientos públicos ni en los jardines particulares, se intentan ese género de ensayos, y debemos contentarnos con las plantas más vulgares y de fácil cultivo.

E. M.

EMPLEO DE LA CAÑA DE AZÚCAR COMO FORRAJE.

No se ha mostrado sordo el ilustrado doctor Wal-fenstein á la excitación que le dirigimos á fin de que dijera á nuestros cultivadores el método empleado en otros países para conservar la caña de azúcar destinada al alimento de los ganados. Agradecemos su atención, y nos apresuramos á publicar la carta que aquel señor nos remite, deseando que ensayen algunos cultivadores de caña el método que se aconseja.

Dice la carta:

«Sr. Director de Las Provincias.

»Muy señor mío: Siguiendo la indicación de usted de que será interesante para nuestros cultivadores, voy á describir el método de conservar la caña de azúcar como forraje, método que ha sido empleado en otros países desde hace mucho tiempo para la conservación de maíz entero, de altramuces verdes, de remolachas de azúcar heladas, etc., etc., y que ha sido ensayado con éxito también para la conservación de la caña, en la provincia de Málaga, por el que tiene el honor de firmar esta carta.

»Se procede como sigue: se hace un hoyo cuadrado con lados perpendiculares y el fondo llano. Se ponen algunas hojas secas de la caña abajo para que el forraje no se ensucie. Después se parte y corta la caña fuera del hoyo, de la misma manera que si fuese para darla en estado verde á las caballerías; se pone una capa de la caña cortada de un palmo y medio de alto, se echa una poca de sal común encima, y se pisa bien esta capa, con pisones de madera, ó con hierros que corten algo, atados en un palo. Se mete después otra capa de caña cortada en el hoyo, que se pisa de la misma manera, y así se sigue, colocando capa sobre capa, hasta que el forraje sobrepase unos dos palmos de alto del hoyo. La capa superior, que debe ser llana también, se cubre con algunas hojas secas de la caña, echándole encima la tierra que ha salido del hoyo y añadiéndole la que sea necesaria, pues la capa de tierra debe tener un espesor de tres palmos.

»Cerrado el hoyo principia la fermentación de la masa, sentándose ésta, lo que se nota porque va bajándose la tierra y se forman grietas, que se deben cerrar cada día pisoteándolas, lo que se puede ejecutar en algunos minutos. Cuando no se baja más la tierra, la fermentación está terminada y se puede sacar cada día lo que se necesita para forraje, ó conservarlo en estado cubierto, porque se conserva así bien por años enteros.

»Al mismo tiempo que la caña se pueden conservar así los cogollos y las hojas todavía jugosas, representando esto una gran cantidad de forraje (220 arrobas por hanegada), que contiene muchas materias alimenticias: solamente en el caso que estas partes de la planta de caña estén ya en descomposición algo avanzada, lo que se descubre por el olor, se deben quitar y no emplear más que las cañas limpiadas, sirviendo aquéllas entonces como abono, poniéndolas en el estercolero.

»Tocante al tamaño de los hoyos, advertiré lo siguiente: la profundidad del hoyo debe ser de un metro; en terreno seco puede llegar hasta dos metros; en terreno que en un metro de profundidad ya tiene mucha humedad, no se debe hacerlo tan hondo. El tamaño del hoyo se debe modificar según los brazos que se tiene á disposición, porque siempre es conveniente hacerlo de tal tamaño que el tiempo necesario para llenarlo y tapar no exceda de dos días. Para poner la cosecha regular de una hanegada de caña, que será para 750 arrobas de caña y 220 de cogollos y hojas, se necesitarán diez metros cúbicos de capacidad.

»Los gastos de este método de conservación para la caña de una hanegada de tierra se compondrán: del trabajo de cavar un hoyo de 10 metros cúbicos; de cuatro á seis jornales para machacar la caña; de seis jornales para llenar el hoyo y taparlo, y de 8 á 10 kilogramos de sal común (por arroba 15 gramos).

»Respecto al gasto de la sal, se debe tomar en cuenta que ésta no es pérdida; se sabe que importante papel tiene la sal en la alimentación del ganado, favoreciendo mucho la digestión, que ganaderos inteligentes dan diariamente cierta cantidad de sal á su ganado, sea caballar ó mular, ó vacuno ó lanar, y la sal puesta en el forraje á fermentar no pierde sus propiedades.

»Se ve que el trabajo y los gastos no son muy grandes en proporción como la gran cantidad de forraje que se conserva así. Siempre debe ser bien ejecutada la tarea para asegurar el éxito, y se debe poner mucho cuidado en que la masa esté bien pisada, especialmente en los lados y en los rincones, para que no entre aire.

Bien preparado el forraje entra en fermentación, como queda dicho, por la cual se convierte algo del azúcar en otras combinaciones, mientras que la fibra se pone más soluble para los tubos digestivos del ganado, y las otras sustancias nutritivas casi no experimentan alteración. El forraje que sale del hoyo es, por lo general, de un color muy oscuro y debe tener un olor algo ácido y aromático.

»Al principio se le dá al ganado mezclado con paja hasta que se ha acostumbrado, prefiriendo entonces este forraje al verde. Puede reemplazar en el cebo del ganado vacuno á las remolachas, maíz verde, etc. Sobre el valor que tiene para las caballerías no tengo hechas experiencias, pero se puede deducir de razones teóricas, que la caña, ni en estado verde, ni en estado fermentado, puede servir como pienso exclusivo.

»Es de V. afectísimo y S. S., Q. B. S. M., WAL-FENSTEIN.»

(Las Provincias.)

LA FILOXERA.

Nos ocuparemos hoy de los varios métodos de aplicar el sulfuro de carbono á las cepas enfermas, porque del método depende enteramente el éxito. Pero debemos antes poner en conocimiento de nuestros lectores la solemne declaración que en la sesión de 5 del último mes pasado de la Academia de Ciencias de París, hizo Mr. Dumas, presidente de la Comisión superior de la filoxera, instituida por el Gobierno francés, y que en Cognac y en Montpellier, mandó experimentar más de 1.000 procedimientos para destruir el insecto, presentados por otros tantos inventores que aspiraban al premio de 300.000 francos. El ilustre sabio se expresó del modo siguiente:

«Desde un principio la Academia reclamó medidas generales que únicamente pueden salvar el viñedo francés. En efecto, un propietario bastante acomodado para sufragar los gastos del tratamiento de sus viñas y bastante ilustrado para comprender su importancia, vacila muchas veces, porque un vecino suyo, menos favorecido por la fortuna, no puede emprenderlo, ó un viticultor testarudo no quiere hacer nada. Sólo el Estado puede decir al primero: «Obra por tu cuenta; yo me comprometo á ayudar al que carece de recursos y á compeler al que falta de buena voluntad.» Entonces el tratamiento se hará general y eficaz.»

»Se necesitaba una ley. Votada por fin ésta, la Administración de la Agricultura está armada y la Academia no tiene que intervenir más. Ha cumplido su misión, afirmando por los trabajos de la Comisión y de sus delegados que todos los medios de destrucción del insecto han fracasado salvo la submersión, el sulfuro de carbono y los sulfocarbonatos.

»La Academia no puede hacer más y la Administración sola tiene el poder, así como el deber de poner en ejecución la ley con que está armada.» (Comptes rendus de la Academia de Ciencias de París, pág. 237.)

De manera que no es cierto que aquella docta Corporación haya negado la virtud y eficacia de todos los insecticidas y declarado que el arranque y quema de las cepas era el único medio seguro de combatir la invasión; por el contrario, recomienda, además de la submersión, el empleo del sulfuro de carbono y de los sulfocarbonatos, y nada dice del procedimiento preconizado por nuestros adversarios y hecho preceptivo, con exclusión de todo otro, en la ley española. La Academia de Ciencias de París abriga la esperanza de que el tratamiento haciéndose general será eficaz, y por consiguiente, que si hasta ahora no ha sido eficaz, es porque no se hizo general. Esto explica en pocas palabras el gran desenvolvimiento que tuvo la invasión filoxérica en Francia á pesar de existir no uno, sino varios medios de combatir la plaga; pero, ¿de quién ha sido la culpa de que no se generalizara en Francia el tratamiento por el sulfuro de carbono, sino de esos hombres que, allí como aquí, cerrando sus ojos á la evidencia, negaban la eficacia de to-

dos los insecticidas y sembraban en todas partes la duda y la vacilación? Las mismas causas producen siempre los mismos efectos: en Málaga también la plaga toma en estos momentos gigantescas proporciones porque no se ha aplicado desde un principio el sulfuro de carbono en una ó otra forma á las cepas enfermas.

Bien diferente sería la situación de aquella bella provincia vitícola si el Gobierno, siguiendo los modestos y desinteresados consejos que le dimos en varias comunicaciones (algunos se remontan á Febrero de 1877) y en la *Epoca* del 21 de Mayo del mismo año, hubiese tenido en Madrid un buen repuesto de sulfuro de carbono, y enviándolo allí el mismo día en que se reconoció oficialmente la existencia de la plaga, se hubiera empezado el tratamiento, sin conferencias previas, sin reuniones, sin pérdida de tiempo. ¡Cuántos enjambres de insectos alados y apteros que han volado en busca de nuevas devastaciones y ruinas hubiesen perecido en su cuna, asfixiados por los vapores sulfocarbónicos! Créanos el digno Sr. Ministro de Fomento, que no tiene otra culpa que la de haber confiado en datos equivocados que debió creer verídicos por el carácter oficial de los hombres que los daban. La primera cosa que debe hacerse cada vez que se descubre un foco filoxérico es matar con el sulfuro carbono el mayor número posible de insectos, porque los muertos ni hablan, ni viajan, ni procrean. Esto no impide después de arrancar y quemar las cepas que estaban enfermas, si se lo estima oportuno ó se quiere cumplir la ley votada por las Cortes que hoy no se cumple.

Para obrar del modo que defendemos, hay dos razones muy poderosas. La primera es que los nuevos focos filoxéricos se descubren casi siempre desde Junio á Setiembre, y que en esta época del año no se pueden arrancar las cepas enfermas sin aumentar considerablemente el peligro de las emigraciones. El mismo Delegado del Gobierno en Málaga no ha podido menos de reconocerlo, y muy acertadamente en nuestro sentir, aplazó la operación hasta el invierno; pero la corta y quema de los troncos y pámpanos, ni el betun calizo con que quiso aprisionarlos en el seno de la tierra, no impiden á los insectos alados y apteros de las generaciones hypogaeas de salir á la luz del día por las mil grietas é intersticios que existen siempre en el suelo y de emigrar en número fabuloso. De manera, que de no aplicar inmediata y enérgicamente los insecticidas, no se coarta en lo más mínimo la propagación de la enfermedad en el período de mayor actividad del insecto. La segunda razón es que se necesita mayor cantidad de materia para desinfectar un terreno recientemente removido, y que el resultado es menos satisfactorio que cuando el suelo es firme y áun duro. El vacío que existe siempre entre las raíces de la planta y la tierra, forma unas galerías interiores, que sirven al insecto para moverse, y facilita también la difusión de los gases tóxicos del sulfuro de carbono; el arranque de las cepas y el desmonte del terreno destruyen esos medios de comunicación establecidos por la naturaleza, y además provocan la evaporación al exterior.

Por lo demás, la desinfección previa de las cepas y del terreno durante el estío, y en cuanto se descubre un foco filoxérico, no se opone, como lo hemos dicho, al arranque y quema de las cepas, después de pasado el peligro de las emigraciones; pero nosotros creemos esta última operación perfectamente inútil en la mayoría de los casos, y consideramos como más oportuno y mucho menos costoso, hacer una segunda y áun una tercera aplicación del sulfuro de carbono. En apoyo de nuestra opinión citaremos los hechos que hemos encontrado en una obra española, la mejor, la más imparcial de todas las que han visto la luz hasta ahora en este país. Nos referimos al libro titulado *La Phylloxera*, publicado por los señores D. Luis de la Escosura y D. Victoriano Deleito, ingenieros de montes. En la página 47 se lee lo siguiente:

«El doctor Fatio ha visto en Pregny ninfas próximas á transformarse en insectos alados sobre restos de raíces olvidadas en el suelo hacia diez meses, á pesar de haber recibido el terreno dos capas de lechada de cal. M. Gaston Basille refiere que ha encontrado *phylloxeras vivas* en trozos de raíces en hoyos de tres años de fecha. Por último, en el otoño del pasado año (1877), M. J. Roulet, encargado de los trabajos phylloxéricos en el cantón de Neuchâtel, ha visto en raíces de vides olvidadas multitud de parásitos, en un terreno destinado al cultivo de la patata desde hacia un año, por haber tenido que arrancar la viña á causa de la invasión, demostrando este hecho que el peligro subsiste aun cuando no existen las vides.»

En efecto, por más precauciones que se tomen al arrancar una viña, no pueden extraerse todas las raíces que rompe el azadon, ni, por consiguiente, los insectos que viven sobre los restos olvidados; pero, ¿qué pensar de un procedimiento que deja en pos de sí, después de meses y años, ninfas próximas á transformarse en insectos alados y multitud de parásitos, algunos de los cuales, sin ningún género de duda, sabrán ganar las vides sanas de las inmediaciones? Y así sucedió en Suiza, donde acaba de reaparecer el insecto en los alrededores de las viñas que se arrancaron los años pasados con inmensos gastos y zonas de incomunicación de 100 metros. Sabemos muy bien que los partidarios de este sistema proponen de desinfectar después los terrenos descepaos; pero si hay insecticidas eficaces, si con ellos se puede destruir el último insecto ¿por qué no empezar por aplicarlos con energía? Se contestará que, á pesar de la desinfección, quedarán siempre algunos individuos de la maldita raza, los cuales habrán de morir por fuerza más tarde ó más temprano, si no encuentran alimento en el terreno, pero antes muchos emigrarán hacia los viñedos cercanos; esas ninfas próximas á transformarse en insectos alados que vió el doctor Fatio en Pregny, después de diez meses de descepaos el terreno, no se habían seguramente resignado á perecer de hambre. Aquellos rudimentos de alas indicaban que se preparaban á emprender el viaje.

Pero otras razones que las de los insectos olvidados en una viña que se acaba de arrancar, pueden invocarse contra ese procedimiento que nada resuelve. La enfermedad tiene dos periodos distintos, el uno latente, el otro especí-

fico; se necesitan dos, tres ó más años para que pase del primero al segundo; mientras tanto, numerosos enjambres emigran á donde no se sabe, y no podrá descubrirse su existencia sino mucho tiempo después; por lo tanto, *el mal que no se ve* es diez veces mayor *que el que se ve*. ¿A qué entonces arrancar unas cepas visiblemente enfermas si se deja en las inmediaciones otras en mayor número al parecer lozanas, pero que llevan el germen de la enfermedad? Nosotros sostenemos que no hay más motivo de arrancar una viña que se acaba de curar con el sulfuro de carbono que las demás de la misma comarca donde existen seguramente focos filoxéricos ocultos y que no se revelarán sino unos dos ó tres años después.

Por ejemplo, en Málaga se van á arrancar este año cien mil cepas; habrá que arrancar el año próximo venidero 200 ó 300.000; el año siguiente, 500.000 ó un millón, y así progresivamente, hasta acabar con las 80.000 hectáreas de viña que existen en aquella provincia. Después de haber desaparecido la última cepa, quedará en los terrenos devastados bastante filoxera para destruir todas las plantaciones nuevas que se intenten, y el bicho se cebará en los viñedos de las provincias limítrofes. El arranque y quema de las cepas enfermas, llevado hasta el extremo, conduce á la ruina de todas las viñas de España, más rápidamente que por el abandono completo, puesto que *el hombre se hace entonces el auxiliar del insecto*.

Sin embargo, debemos hacer aquí una declaración solemne é importante; debemos decir la verdad y toda la verdad: no abrigamos la menor esperanza que se pueda hacer desaparecer por completo del suelo español el temible insecto con el sulfuro de carbono ni otro insecticida; por el contrario, estamos convencidos de que invadirá á toda España más tarde ó más temprano, y que no respetará más los viñedos de Jerez, del Priorato y de la Rioja que ha respetado los del Medoc y de Borgoña. El hombre no tiene el poder de destruir una raza animal, y menos un insecto, cuando la naturaleza no ha fijado la hora fatal. Pero creemos firmemente que por medio del sulfuro de carbono y los otros insecticidas que se inventarán sin duda en adelante, la vida asiático-europea puede vivir y prosperar simultáneamente con la filoxera en buenas condiciones económicas, sin asegurar que no será más barato y práctico su ingerto sobre cepas americanas ó el cultivo directo de algunas de éstas. Pero mientras tanto se dilucida la cuestión y se multipliquen las vides americanas en cantidad bastante, debemos defender palmo á palmo los actuales viñedos, y esto no lo conseguiremos con sabias conferencias, luminosas oraciones, disputas sin número, ni arranque y quema de las cepas, sino aplicando, con arreglo á las prescripciones de la ciencia y de la experiencia el sulfuro de carbono por do quiera se revelara un foco filoxérico, grande ó pequeño, *sin perder un momento*. Cada provincia, cada pueblo debe prepararse como si al día siguiente hubiera de presentarse el azote en su territorio; en la rapidez del tratamiento estriba el éxito.

Tanto nos hemos extendido en estas consideraciones generales, que no tenemos ya tiempo ni espacio para ocuparnos de los métodos de aplicación del insecticida. Lo haremos en el más próximo número de EL CAMPO.

ESTANISLAO MALINGRE.

LAS LABORES.

Las labores constituyen una de las prácticas más importantes de la agricultura. El modo como se ejecutan, el tiempo en que se hacen, determinan los resultados más ó menos elevados, y por lo tanto, los beneficios que se sacan de esta industria. Unas necesitan ser superficiales, otras profundas.

Vamos á dilucidar estas diversas cuestiones y tratar de establecer reglas positivas, y á fin de hacer este estudio claro, empezaremos por los principios generales que se aplican á todos los terrenos, y después entraremos en los casos excepcionales.

Las cebadas, avenas y trigos, después de ser cortados por la hoz, dejan el suelo cubierto de rastrojos, y algunas plantas débiles, que les ha faltado el aire para desarrollarse, quedan en los surcos, así como multitud de semillas. Pero bien pronto las plantas parásitas, sintiendo los bienhechores efectos de los rayos del sol, crecen. Las semillas que quedaron descubiertas quedan intactas, y esperan para germinar algunas circunstancias favorables. Algunas se las comen los pájaros, pero como son muchas, quedan bastantes para salir en la primavera y cubrir el suelo de un tapiz verde.

Si se pasa el arado antes que haya tenido lugar la germinación, se entierran profundamente y allí esperan que una nueva labor las saque á la superficie, en donde podrán desarrollarse libremente. Dejar pupular así estas plantas parásitas es exponerse á un mal resultado positivo para los futuros cultivos, porque absorben la parte más importante del abono y matan por falta de alimento la planta que se quiere cultivar. Así pasan, sin embargo, las cosas en los cultivos descuidados.

Conocidos estos enemigos, resta saber cómo el labrador cuidadoso consigue librarse de ellos. Antiguamente, que los jornales eran más baratos, se escardaban los campos después de la recolección; pero no siendo hoy práctico este medio, se ha reemplazado empleando instrumentos perfeccionados. En todos los cortijos bien labrados, cuando se recoja la cosecha se debe pasar un arado dentado, que se llama extirpador. Este instrumento, provisto de siete á nueve rejas, traza surcos de 8 á 10 centímetros de profundidad en toda la superficie del suelo.

Arranca las plantas enredadoras, que son las más numerosas; al mismo tiempo que cubre las semillas de una leve capa de tierra que facilita la germinación. Esta práctica se completa pasando el rastrillo vigorosamente, lo que mueve las hierbas sin raíz y las expone á los ardores del sol,

que las seca. En todo caso, este trabajo, para ser fácil, debe ejecutarse en seguida después de la recolección, entónces que la tierra está aún tierna y suave. Cuando llegan las lluvias de otoño, todos estos granos germinan. Si el invierno es crudo, la mayor parte muere con los hielos, y los que quedan ofrecen un abono que no se debe desdeñar. Como quiera que sea, han hecho su evolución antes de tiempo y se ha conseguido librarse de ellas. Pero no es éste el solo beneficio de esta labor superficial. Moviendo la tierra y aireándola permite al sol y á los otros agentes atmosféricos obrar sobre los elementos minerales del suelo y activar su descomposición, lo que aumenta necesariamente la fertilidad; así es que se considera como una excelente práctica el trabajo del extirpador.

La primer labor después de la recolección debe ser superficial.

Siguiendo el orden del cultivo llegamos á la sementera. Esta se hace ya en un terreno que ha estado de barbecho, ó en uno limpio que ha tenido plantas. Para regularizar la profundidad se debe tener presente que las raíces de los cereales no penetran más que á 0,15 centímetros. Es, pues, necesario para no perder el beneficio de las materias fertilizantes, no enterrarlos demasiado. Una labor mediana basta en estas condiciones. Si aún se entierra la semilla con el arado, precisa darle menores dimensiones; si no, es de temer que los granos no puedan germinar.

La época que sigue á la sementera es la del reposo para muchos labradores, guardan los instrumentos y sólo la aproximación de la primavera los hace sacar. Esta costumbre es incompatible con el cultivo moderno. Es preciso aprovechar los escasos momentos de buen tiempo para hacer las labores preparatorias. Su importancia es grande; hecha antes del invierno permiten á las heladas beneficiar la tierra, moverla y hacerlas sufrir profundas modificaciones en su constitución íntima. Su ejecución determina el enterramiento de diversas plantas que cubren el barbecho, y cuya descomposición constituye un abono verde muy útil. La profundidad de estas labores varía según la constitución del suelo; en todo caso debe ser tan grande como sea posible.

Los labradores novicios, animados con el fuego de la juventud, llegan á los terrenos en que se hacían labores superficiales de tiempo inmemorial, y se apresuran á removerlo profundamente, cometiendo una gran falta, que sólo puede reparar la abundancia de estiércol, difícil de dar al principio de una explotación.

Es preferible obrar progresivamente y no dar el primer año sino algunos centímetros de profundidad más que los que se acostumbra. Para que el terreno adquiera las cualidades que lo hacen fértil, debe sentir las modificaciones atmosféricas. Pero siendo esta manera de beneficiar algo lenta, se la combina con otra que permite mejorarla notablemente, la cual es el roturarla, operación de una gran utilidad, que se practica de un modo fácil y sencillo con dos arados Dombaile comunes. El uno se deja tal cual es; al otro se le quita la reja, pero quedando con una cuya punta está alabeada á la derecha, de 4 á 5 centímetros, lo que le permite mantenerse en medio.

Se llevan los dos arados al campo y se ataca el surco con el que tiene reja, con lo que se mueve una banda de tierra de 25 á 30 centímetros de espesor, y así se la hace que dé una vuelta y venga al punto de partida. Entónces se recorre el surco ya abierto, ahondando de 25 á 30 centímetros. Con esta operación el terreno se encuentra levantado, removido, pero no ha subido á la superficie. Terminado este trabajo, se toma el arado ordinario y se continúa alternativamente la labor, y el roturarla hasta que el campo está enteramente cultivado.

Pero no basta sólo revolver el terreno, es preciso hacerlo en su tiempo. En los muy permeables se puede escoger el que acomode, pero no así en las tierras fuertes ó naturalmente húmedas; pues en éstas la precipitación puede tener funestos resultados, porque los grederos cuando están mojados, cuando las zanjás de tierra que parece como lustrosa se queda compacta, las raíces de las plantas no pueden penetrar y de ahí una mala cosecha. Mal cultivadas la primera vez son rebeldes aún al barbecho. Los rayos del sol las endurecen, toman la consistencia de la piedra y los rastrillos trabajan mucho.

Cuando hay terrenos de esta clase es preciso labrarlos cuando están en el punto que se quiere, es decir, desmenuzados, que se dejan atacar fácilmente por los instrumentos y se dilatan fácilmente.

En los terrenos ligeros, cuando están demasiado mojados, presentan las labores menos inconvenientes; su composición impide se endurezca con exceso, y pueden labrarse en todo tiempo.

Conservan, sin embargo, cuando se labran demasiado húmedas, un estado de cohesión que no les es natural, y las plantas que se siembran no dan tan buen resultado como sembradas en buenas condiciones. Esta clase de terrenos tienen la ventaja de poder ser vueltos durante la sequía. Un barbecho dado entónces les es muy ventajoso. Sólo la práctica enseña á no revolver las tierras sino cuando están dispuestas á aprovecharse del trabajo que se les da.

Cualquiera que sea la labor que se haga, superficial ó profunda, es muy ventajoso en todos los casos repetir estas operaciones lo más posible.

Una tierra bien removida á menudo adquiere una gran fertilidad sólo por este hecho.

o o o

LAS RESINAS.

No puede fijarse con exactitud la época en que tuvo lugar por primera vez la extracción de la resina. Todo induce á creer que esta industria se remonta á la mayor antigüedad, á juzgar por las señales que se encuentran en los

troncos de los árboles enterrados en los terrenos arenosos y en los turbosos ó hornagueros, de incisiones semejantes á las que se practican en nuestros días para obtener la resina.

Los antiguos no conocían más que la gema ó resina que gotea naturalmente de las sangrías ó heridas hechas á los árboles de la familia de las *Coníferas*, sin que supiesen sacar de este producto otra sustancia que la brea; siendo preciso llegar al siglo XIV para que algunos alquimistas, cuyos nombres han quedado desconocidos, indicaran la existencia de una esencia especial á la que dieron el nombre de *agua ardiente* de trementina.

El comercio de resina llegó á ser tan importante en Francia á principios del siglo XVIII, que la prohibición de exportar las breas y alquitranes dictada en 1714 no pudo sostenerse; tal fué la perturbación que ocasionó en la sola industria que hacía vivir los pueblos del litoral del golfo de Gascuña.

En nuestros días la industria resinera ha alcanzado tal desarrollo, que juzgamos serán recibidas con el mayor interés estas líneas, en las que nos proponemos dar á conocer á nuestros lectores todos los productos que con el auxilio de la química se obtienen de la resina natural.

La resina es un compuesto ternario de carbono, hidrógeno y oxígeno; sólido, blando ó líquido según su temperatura; áspero al tacto, fusible é inflamable, muy electro-negativo, insoluble en el agua y soluble en el alcohol, en el éter y en los aceites esenciales, que forma jabones llamados resinados con los álcalis.

Estas *esencias ó aceites esenciales* son los principios inmediatos, hidrocarbonados y algunas veces oxigenados que destilan sin descomposición, y son poco solubles en el agua, solubles en el alcohol, en el éter y en los aceites grasos; volátiles, inflamables, que no forman jabón con los álcalis.

Bajo el nombre genérico de *trementina* se comprenden los productos naturales formados de una ó más resinas disueltas en una mezcla de diversas esencias. Cuando las resinas y las trementinas encierran el ácido benzóico ó el cínámico, ó los dos reunidos, toman el nombre de *bálsamo* (*Benjuí, Tolú, Perú*). Por último, las grasas, ó aceites propiamente dichos, son productos de consistencia variable, suaves al tacto, insolubles en el alcohol, muy solubles en el éter y en el sulfuro de carbono, y alterables por el calor. Las grasas y los aceites que se extraen de las sustancias orgánicas vegetales ó animales forman con los álcalis, jabones y la glicerina, propiedad que no poseen las que provienen de materias minerales.

La destilación ó el producto directo á que da lugar la incisión ó sangría hecha al árbol, es la resina blanda ó gema.

Esta sustancia se recoge por el procedimiento ordinario ó primitivo, en agujeros hechos al pie del árbol, ó en pequeñas tazas sujetas debajo de la grieta ó herida. La resina así obtenida se pone en barricas y se lleva ordinariamente á los hornos. El galipodio ó resino de pino es la gema adherida á el árbol y recolectada durante el invierno. Este producto, menos rico en esencia á causa de la evaporación natural á que se ha sometido, se emplea en la fabricación de los barnices comunes y de algunos ungüentos.

La *trementina* es el producto de la fusión y depuración de la gema y el galipo ó resina de pino. Esta operación se hace con el auxilio del calor solar, pero en general se ejecuta hoy en hornos á propósito, sirviendo, por lo tanto, de agente el calor artificial.

La *trementina* al sol se obtiene llenando de resina unas artesas ó cubas de madera, cuyos fondos formados de listones ó cañizos, dispuestos de la manera conveniente, permiten el paso á esta sustancia, una vez liquidada por el calor solar, mientras las extrañas quedan entre los intersticios de los mismos.

La *trementina* á la caldera se saca sometiendo á la acción del calor de un horno las resinas encerradas en vasos de cobre. Las materias pesadas se depositan en el fondo de la caldera, y las que permanecen en suspenso en la resina liquidada se separan, pasando ésta á través de un filtro de paja de centeno.

La *esencia de trementina* es un hidrógeno carbonado, líquido, incoloro, muy fluido, de un olor fuerte y balsámico, y de un sabor acre; es insoluble en el agua y soluble en el alcohol y en el éter. Las propiedades físicas de la esencia de trementina del comercio se modifican con frecuencia por la presencia de materias extrañas, por la acción del calor, y por la oxidación al contacto del aire, causas todas que producen materias resinosas y un poco de ácido fórmico.

Las aplicaciones de esta esencia son numerosas; emplease en la confección del barniz, en la de la pintura y en la preparación de las pieles, etc., haciendo la medicina también un gran uso de ella. Se obtiene por la destilación de las resinas y el rendimiento que da es muy variable, según el grado de pureza de la gema y el tiempo en que se ha expuesto á la influencia atmosférica. La resina recolectada en primavera es más rica en esencia que la del otoño, y la que se recoge en vasijas, más rica que la de las cavidades practicadas al pie del árbol.

Se calcula que una barrica de resina (sistema ordinario), de peso de 350 kilogramos, da 55 á 65 kilogramos de esencia, y 200 á 220 de brea seca, y la misma cantidad de resina recogida en tazas, da 73 kilogramos de esencia y 245 de brea.

La destilación de la resina tiene lugar en los hornos donde se prepara la trementina. Para ello se la calienta en una caldera, y cuando se halla en fusión, pasa á los alambiques calentados á su vez por medio de hornillos.

La cucurbita ó cubierta del alambique está provista de un orificio, por el cual se proyecta sobre la materia en fusión un hilo de agua que determina una abundante producción de vapor; éste arrastra en el serpentín ó cañón del alambique la esencia, que se condensa en él y va á derramarse en un sitio especial y á propósito.

Los aparatos empleados para esta industria son sencillos; la trementina fundida corre de la caldera al filtro,

y da éste al alambique. Probablemente habria ventaja en reemplazar la accion del fuego directo sobre la caldera de fusion, por el calentamiento á vapor, en adaptarle un agitador mecánico que favoreciera la liquefaccion; así como en emplear tubos por donde hace circular la resina líquida, y servirse para la destilacion de alambiques tambien calentados por el vapor, en los que la temperatura puede arreglarse de una manera segura. Pero como los ensayos intentados no han dado resultados completamente satisfactorios, los fabricantes continúan con sus antiguas prácticas, sin embargo de estar persuadidos de que el trabajo al aire libre ocasiona pérdidas considerables de esencia.

La brea seca ó colofana, residuo de la destilacion de la resina, es un compuesto bastante complejo que contiene á veces dos, á veces tres ácidos isoméricos, llamados ácido pínico, pínarico y silvico.

Tal colofona es de un color amarillo de ámbar, seca, friable y poco soluble en el alcohol y el éter, é insoluble en el agua. La industria de los papeles pintados hace un gran uso de ella; entra en la fabricacion de los barnices blancos, de las bujías, de las cerillas, etc., y sirve tambien para hacer jabones destinados al encolado de los papeles.

La resina amarilla se obtiene dejando pasar la brea seca al salir del alambique, por filtros de paja ó tamices de tela metálica, de los cuales cae en grandes artesas ó cubas de madera. Cuando la brea se ha enfriado durante algunos minutos, se vierte en las artesas agua hirviendo, y se mueve por largo tiempo la mezcla con una barra de hierro, de modo que se incorpore el agua á la materia resinosa. La proporcion adoptada es de 10 ó 12 litros de agua por cada 128 kilos de brea. Cuando la materia ha llegado á ser homogénea, se la conduce en moldes de arena, donde se fija bajo la forma de tortas planas.

La pez blanca empleada por la farmacia, se hace batiendo fuertemente bajo la accion del calor, una mezcla de brea y de la mejor colofana, á la que se mezcla agua. Esta sustancia adquiere una gran blancura.

La pez negra se fabrica quemando todos los residuos de las operaciones precedentes, tales como los filtros, virutas, depósitos de calderas, cortezas de los árboles, impregnadas de gema, etc., etc. La combustion se opera en un horno cilíndrico, por el cual se recoge en un hogar de forma cóncava. La pez negra se expende al comercio para la fabricacion de la brea grasa ó destilada para sacar la esencia.

La brea grasa se obtiene amasando una mezcla de pez negra galipodia, resina ó brea seca con la brea natural. Es la sustancia que se emplea en la marina para el calafateo de los barcos.

(Semanario oficial y mercantil.)

EL MUNICIPIO Y LOS PERROS.

El que á las primeras horas de la mañana atraviese las calles de la capital, se sentirá impresionado por un espectáculo bien triste y nada civilizador por cierto.

Al lado de montones de basura, tendidos en la acera ó en medio del arroyo, yacen los perros que cayeron en la celada municipal; algunos se revuelven todavia en las convulsiones de la cruel agonía que proporciona el envenenamiento; otros presentan ya síntomas de descomposicion, y Madrid parece más bien, aludiendo á su limpieza, arrabal de ciudad morisca que capital de una nacion civilizada.

Poderosas razones piden que este tristísimo espectáculo cese. No puede haber nadie, por insensible que sea, que pueda presenciar con indiferencia la agonía de un perro.

El perro es el amigo más fiel, más cariñoso y más antiguo del hombre. El le ha seguido desde el Ecuador á los polos, y le acompaña lo mismo en medio de los refinamientos de la civilizacion, que de las rudezas de los pueblos salvajes.

Guarda el ganado, defiende la casa, lame cariñoso las heridas, acompaña al señor á los nobles ejercicios de la caza, y salva al caminante hundido en las nieves de los Alpes. Fundando en el cariño su amor al hombre, jamás le abandonará como el falso adulador, el torpe amigo, ó la inconstante amante, en cuanto sufre los rigores de la fortuna; al contrario, él le seguirá á todas partes, se tenderá á sus pies para proporcionarle abrigo y procurará con sus caricias distraerle en sus penas.

Byron, el escéptico Byron, que desconfía de la mujer, duda del hombre y recela de todo, reconcentra en un perro, que le corresponde fielmente, todas sus afecciones, y le eleva un monumento en su tumba. Bismarck se distrae con las caricias de un perro de las meditaciones á que los problemas europeos le obligan. Nadie se representa la figura de Carlos V sin recordar al lado la inteligente cabeza de aquel hermoso perro que mereció los honores del pincel de Ticiano. Un perro fué el compañero de los más tranquilos días de la juventud de Lamartine, y un perro le acompañó en los de su vejez, y como estos grandes hombres, pudieran citarse muchos, que han demostrado gran simpatía por el fiel animal que tan sin compasion persigue ahora el Ayuntamiento de Madrid.

El guardador mastin, el infatigable perdiguero que funda sus delicias en la caza y modera su ardor con su obediencia; el inteligente y fiel perro de aguas, amigo predilecto de las damas; el esbelto, elegante y ligero galgo; el colosal danés, que sirve para el tiro allá en las apartadas regiones del Norte; el castizo pachon, que comparte con el perdiguero las glorias de la caza; el valiente é intrépido sabueso; el terrible alano, que recuerda las antiguas luchas en que tomaba parte; los perros de todas clases y condiciones, lo mismo la elegante galga inglesa que habita el *boudoir* de la dama elegante, y que se preserva del frío con blasonada mantilla, que el humilde y bienhechor can que guía los pasos del ciego pordiosero, todos son sumamente interesantes para el hombre.

Este interes no ha de excluir el cuidado que se debe ejer-

cer sobre este animal, especialmente en los días abrasadores de la canícula en que la terrible enfermedad de la hidrofobia se desarrolla. Los municipios de todas las poblaciones cultas ejercen con cuidado este cargo; pero tienen para esto sistemas que evitan el bárbaro espectáculo que se ofrece todas las madrugadas en las calles de Madrid.

París, Burdeos, Lyon, Viena, Berlin, Brusélas, todas las capitales importantes, y aún las más pequeñas poblaciones en Francia y Bélgica, establecen depósitos de perros. Agentes del Municipio recogen cuantos canes vagan por las calles, y los dueños de los que se han perdido pueden ir allí á reclamarlos, en la seguridad de que les serán devueltos en cuanto satisfagan los gastos ocasionados por el perro y la multa á que se han hecho acreedores por su descuido.

Entre los que nadie reclama los puede haber útiles para ser vendidos, y en este caso se sacan al mercado, sirviendo el producto de su venta, unido al de las multas, para sostener este servicio sin gravar mucho á la caja municipal. Si quedan perros vagabundos, cuya existencia constituya un peligro, se los hace desaparecer, sin dar al público el espectáculo repugnante de las convulsiones, la muerte y la descomposicion.

Este sistema del depósito, que todas las poblaciones cultas siguen, le estableció en Madrid, dicho sea en honra y aplauso suyo, el señor Marqués de Sardoal, cuando en tiempos revolucionarios fué Alcalde primero. ¿Cómo los ediles conservadores, tan amantes de las buenas formas, han desatendido esta mejora y han acudido á los antiguos procedimientos?

Procedimientos que, bárbaros de suyo, son extremados por los agentes del Municipio, que no se limitan á perseguir al can vagabundo, sino que acechan al perro casero que sale un momento á la calle; le llaman, le fingen halagos, y le ofrecen el veneno que la nobleza del animal acepta.

Así han muerto infinidad de perros á las puertas de las casas de sus dueños indignados contra tales abusos.

Señalamos el mal; indicamos el remedio; nuestra mision está cumplida. Cumpla ahora la suya el Ayuntamiento acogiendo estas indicaciones, que unimos á las que algunos periódicos han hecho constituyéndose en eco fiel de los deseos, de la cultura, y aún de algo más importante, de la salud del vecindario.

X.

UN TIRADOR EXTRAORDINARIO.

Un tiro extraordinario, bajo el doble punto de vista de la destreza y tenacidad, acaba de verificarse en Derfoot-Park (Estados Unidos), á mediados de Julio por W. F. Carver, que habia apostado que rompería con bala, 5.500 bolas de cristal llenas de plumas, que le irian arrojando, segun las reglas de tiro americanas, en el espacio de 500 minutos. Este maravilloso tirador, que se titula el Campeón del mundo, ha ganado la apuesta con un adelanto de 10 minutos 30 segundos del tiempo estipulado.

Mr. Carver es un hombre de treinta y ocho años; nació en Saratoga, y desde la edad de tres años ha vivido con sus padres en compañía de varios emigrados, en Minnesota. Poco despues de su instalacion allí, los indios mataron á sus padres, y al jóven Carver y su familia se lo llevaron los asesinos, con los que vivió diez y seis años. Esta existencia medio salvaje desarrolló en él tales cualidades de destreza y fuerza, que admiraban á todos. Los indios se entusiasmaron tanto, que lo enviaron á tomar parte en varios *matches* con los blancos. La vida civilizada gustó á Carver más que la que venia haciendo, y se estableció definitivamente hace tres años en San Francisco.

Desde el famoso *match* en que el capitán Bogardus habia roto con plomos 5.000 bolas de cristal en 500 minutos en Gilmore's Garden, Carver habia tenido la idea de hacer con balas lo que el campeón del momento habia hecho con plomos; pero sus amigos no creyendo la cosa posible lo habian disuadido, y hoy mismo confiesa no volveria á hacer la apuesta por todas las riquezas del mundo.

El 13 de Julio último, á las once de la mañana, Mr. Carver, armado con su Winchester-rifle, empezó el fuego, rompiendo la primera bola á 20 pies en el aire, se formó una pequeña nube de plumas y fué el principio de aquella terrible partida en que debían tirarse 6.000 disparos para llegar al resultado convenido.

El tirador llevaba una ancha camisa de franela, pantalón negro y un gran sombrero. Al principio tiró rápidamente y las primeras 100 bolas las rompió en 5 minutos 5 segundos, errando sólo en seis disparos. Estaba delante de un cobertizo que habia formado para esta circunstancia y rodeado de cajas de cartuchos metálicos y barrilitos conteniendo las bolas de cristal; á algunos pasos estaba el coronel Fletches, que con una mano cogia las bolas y con la otra las lanzaba tan rápidamente como le era posible; á su lado Iva Paime, inventor de las bolas llenas de pluma, tenia la mision de cambiar el rifle ya caldeado por otro fresco, y más lejos Texas Jack, que limpiaba, daba aceite y cargaba las armas, y un negro encargado de meter los cañones calientes en agua helada.

Seis rifles empleó en el *match*, y sólo al fin se habian calentado demasiado; pero resistieron admirablemente, dos de los cuales los habia traído Mr. Carver de San Francisco y habian hecho más de 3.500 disparos cada uno. Estos rifles estaban cargados con catorce cartuchos á la vez, segun el sistema Winchester.

Mr. Carver no habia podido almorzar aquella mañana, y estaba mal preparado para el trabajo de Hércules que iba á ejecutar; sin embargo, parecia estar en buenas condiciones y se mantenía derecho como una encina, tirando con admirable rapidez y regularidad, y errando rara vez el tiro.

Los cartuchos tenían cuarenta granos de pólvora y una bala de 200 granos (medidas americanas); reculaba bastante, pero el tirador parecia no sentirlo, ó mejor dicho, no se le conocia, pero debió sentir atroces dolores en el hombro despues de los cien primeros disparos.

Sufria mucho de los ojos: estaba colocado contra el viento, y á cada bola rota recibia en la cara un polvo impalpable de cristal, que concluyó por causarle una terrible inflamacion en los ojos, de la que sufrirá por algun tiempo.

Despues del milésimo disparo, la camisa se le habia puesto negra, y los guantes que pasaba rápidamente por la cara para enjugar la transpiracion.

La mañana estaba hermosa, pero al 2.700 disparo empezó á lloviznar, lo que obligó al tirador á retroceder algunos pasos, haciéndole perder cinco minutos; pero á poco aclaró y se puso bueno el día.

Hacia las tres, despues del disparo 3.100, adelantaba 11 minutos, y se retiró al hotel para tomar un caldo, cambiar de vestidos y lavarse los ojos, que empezaban á causarle fuertes dolores. Volvió á ponerse á la obra con 21 minutos de retraso, y empezó á disparar con gran rapidez; las detonaciones se sucedian hasta el punto de confundirse, el cristal roto caía como granizo, y las plumas llevadas por el viento parecian una nube. Así hizo 452 disparos en 33 minutos. En este momento empezó á llegar mucha gente, pues hasta entónces sólo habia 3 ó 4.000 personas. El tirador estaba entónces rodeado de cartuchos vacíos, el suelo y los espectadores cubiertos de plumas y cristales rotos; el interes iba en aumento; pero los ojos de Mr. Carver se inflamaban cada vez más, y estaba obligado frecuentemente á frotárselos con un poco de hielo que tenia en un pañuelo.

Sin embargo, los disparos seguian y alcanzaban las cifras de 4 y 5.000; el entusiasmo era inmenso, todos se acercaban al tirador, pero los rifles un poco sucios, á pesar del cuidado con que los limpiaban empezaban, á hacer disparos con trabajo. Tiraban las bolas sólo á diez ó doce pasos de Mr. Carver, cuyos brazos doloridos se levantaban con mucho trabajo, y era un espectáculo lastimoso ver la ennegrecida cara del tirador, que habia con trabajo los ojos rojos y ensangrentados.

En este momento, Mr. Carver, tuvo un instante de desanimacion, y dijo: «Por Dios, amigos, ¿cuántos disparos me faltan? Aun 100, le respondieron, y diez y ocho minutos para hacerlos. Esto pareció animarlo un poco y se puso á disparar con gran vigor, y bien pronto los frenéticos *hurras* anunciaban al público que el *match* habia terminado.

Mr. Carver, sin embargo, para evitar todo error, descargó los seis tiros que le quedaban en el rifle y rompió otras seis bolas; despues el arma se le cayó de las manos y lo llevaron inmediatamente á un carruaje que lo esperaba. Cuando llegó al hotel se metió en la cama, y los dolores que tuvo en los ojos toda la noche, eran atroces; ya está mejor, pero necesitará quince días para restablecerse.

El *match* empezó á las once y un minuto de la mañana, y terminó á las siete y diez y medio minutos de la tarde.

Mr. Carver habia adelantado diez y medio minutos al tiempo convenido, y el hecho más notable que resulta es que sólo ha hecho 6.208 disparos para romper las 5.500 bolas.

C. T.

ECOS DE PARÍS.

Grandes fiestas se preparan para Setiembre, segun el programa que hemos visto. El 15, revista en Vincennes de un cuerpo de ejército en traje de campaña; el 17, carreras en Longchamp, y por la noche gran serenata por todas las músicas de la guarnicion en la plaza de la Concordia; el 18, distribucion de las recompensas á los expositores en el Palacio de la Industria; por la noche iluminacion por la electricidad y fuegos de bengala en las dos orillas del Sena, y retreta con antorchas en góndolas. El 19, recepcion en el Eliseo; el 20, fiesta militar y gran iluminacion en los jardines de Versalles, donde correrán las fuentes, precedidas de una comedia de gala y seguidas de un baile, al que serán invitados 30.000 personas.

Se anuncian régias visitas para entónces, el Principe de Gales, el Emperador de Austria, el Rey de Italia, de Bélgica, el Czarewitch, y tambien se dice vendrá la reina Victoria.

Con este motivo abandonarán las bellas parisienses las playas y establecimientos balnearios, y estará París muy animado y brillante.

En Trouville y Deauville se ha establecido la moda de los *five o'clock-tea*. En todos los *chalets* se asiste con puntualidad á este *lunch*, para el que se ha inventado una *toilette* especial. El primer desayuno lo hace cada uno en su habitacion, y no hay que desplegar gran lujo en las batas; para el almuerzo bajan ya las señoras con vestido de paseo, y á la vuelta se ponen el vestido del *lunch*, que es de foular, color claro, rosa ó azul cielo.

En Deauville hay este año gran desanimacion; los dos acontecimientos de la semana han sido el *Kermesse* de la villa Camelia, de la Baronesa de Poilly, cuyo producto se destina para la instalacion de comedas para los pobres, y la representacion por los artistas de la *Renaissance* de París del *Petit-Duc*, que ha gustado mucho. En París las doscientas primeras representaciones han producido 800.000 francos.

En la seccion de Farmacia de la Exposicion han concedido una medalla á un expositor que presentó en un tarro una magnífica solitaria. El farmacéutico quiere para él la recompensa, pero el criador, es decir, la persona que ha alimentado al animal, la reclama, y esto va á dar lugar á un proceso bien curioso.

En Viena se ha entablado uno que ha producido viva sensacion, cuyos detalles refiere el *Tagblatt*.

«La Baronesa Bulow, heroína del asunto en cuestion,

está casada en terceras nupcias. Había distraído de sus deberes conyugales a un funcionario público, padre de familia, que había abandonado durante cierto tiempo su casa para vivir con la Baronesa y su marido, que no tenía valor para contrariar la inclinación de su esposa.

¿En qué consistía la fuerza de atracción que la Baronesa ejercía sobre el funcionario? Esto es lo difícil de averiguar. Una mujer de cuarenta años, delgadísima, con cabellos de un rubio claro y escasos, facciones duras e irregulares, y mirada nada dulce, no parece ser un ideal por el amor del que se abandone mujer e hijos, y se arruine un hombre.

Y, sin embargo, el pasado de esta mujer prueba que el funcionario no es el primero que ha sabido encadenar.

Un día, armándose de un valor heroico, trató de separarse de la Baronesa; pero el desgraciado funcionario se vió atacado en la calle y perseguido bajo el techo conyugal, y hasta en su oficina, por la temible señora que lo apremiaba para que le diese una pensión mensual de diez florines, y apoyaba su petición en presencia de varios testigos con esta singular amenaza, que era muy capaz de ejecutar: «Usted me conoce y sabe que soy bastante intriguante para turbar de nuevo su dicha doméstica. Os atormentaré hasta la muerte, si no satisface mi deseo».

Después de repasar una voluminosa correspondencia, que prueba con exceso la simplicidad del funcionario y la travesura de la Baronesa, ésta ha sido condenada a seis semanas de prisión solamente, por lástima del Tribunal por sus dos hijos.

La *Gaceta de Colonia* publica los siguientes detalles de la vida íntima de Bismarck, que no carecen de interés.

La casa que habita en Kissingen Mr. de Bismarck está situada sobre la orilla izquierda del Saale, y rodeada de dos caminos comunales, accesibles a todo el mundo, y a menos de no pasar a la otra orilla del río, no hay por allí paseos agradables.

La casa consta de un entresuelo, un principal y un departamento abuhardillado al estilo del siglo pasado. El mejor de los tres departamentos es el primero, que ocupa el Príncipe y su familia.

Lo primero que hay a la entrada es una gran sala que ocupa casi todo el frente de la casa, y que sirve de comedor; a un lado cuatro habitaciones, ocupadas por la Princesa y la Condesa María, y al otro el despacho y habitación de Bismarck. Tres habitaciones a la espalda, destinadas a los dos hijos del Canciller, e independientes.

El personal de criados se compone de un ayuda de Cámara del Príncipe, una doncella de la Princesa, un cocinero y dos lacayos; éstos ocupan el departamento de arriba, y en el entresuelo hay una oficina de telégrafos, correo y gendarmes.

El Príncipe se levanta tarde, entre nueve y diez, y en cuanto se viste empieza a pasearse, primero en su habitación y después en el campo, y bebe el agua Rakocci, que le traen acabada de sacar del manantial. Almuerza a las once y media, y después trabaja hasta las cuatro. Entonces toma un baño, en el que está treinta y cinco a cuarenta minutos, y sale a dar un paseo por mandato del médico, que suele durar media hora, en compañía de su gran perro negro. A las cinco es la comida, a la que son invitados comúnmente siete u ocho personas de distinción, y concluida ésta, hacen una excursión al valle.

El Príncipe evita el atravesar la ciudad de Kissingen, porque la curiosidad del público es tan grande, que se ve rodeado de la multitud, lo que le fatiga.

Lo que suele causar grandes inquietudes a los agentes encargados de velar por el Canciller, es la costumbre que tiene éste de recorrer, casi siempre sólo a las altas horas de la noche, y a pie, los caminos del bosque, y las calles de Kissingen. En lo general el Príncipe vuelve a su casa de su paseo en coche entre nueve y diez de la noche.

Entonces empieza esta singular vida de noche, en la que el Príncipe ha dado pruebas de gran trabajador, pero que se cree sea la causa de sus indisposiciones. Hasta la una y media ó dos de la mañana expide telegramas, estudia documentos, redacta notas y hace infinidad de trabajos, cuyo relacion metería miedo a un hombre dotado de capacidad ordinaria. En los primeros días de su estada en Kissingen le ayudaba su hijo mayor el Conde Hebert, pero hoy éste ha marchado, y el despacho de los asuntos diplomáticos lo hace otro funcionario.

El teniente Zubovity, que hizo el viaje de Viena a París a caballo, acaba de hacer en el Támesis una curiosa experiencia.

Este oficial ha inventado una silla, con la cual puede un jinete atravesar sin mojarse un río, por rápido y profundo que sea.

En la prueba, el oficial, que montaba un caballo gris, entró a las cinco en el puente de Wertminster, que estaba lleno de curiosos, y salió después de estar dos horas en el agua por el *quai* de Limehouse, habiendo tenido un gran éxito esta experiencia de natación ecuestre.

La invención del oficial húngaro consiste en una doble silla de caoutchouc, que puede llenarse de aire ó servir para el transporte de viveres. Todo el aparato pesa de ocho a diez libras.

Según lo que se lee en un periódico inglés, la cuestión de la emancipación de las mujeres, está en vías de ser un hecho.

Varios electores liberales de Souttswork (Londres) han resuelto proponer a Miss Helena Taylor, hija de John Stuart Mill, se presente candidato en las próximas elecciones del Parlamento.

En todos los países se preocupan mucho del modo de prevenir a los accidentes de los caminos de hierro; y un periódico inglés propone la siguiente medida, que cree infalible; se reduce a establecer que el Presidente de una Compañía, que por cualquier accidente haya causado la muerte a algunas personas, sea ahorcado. Esta ley no tendría sólo la ventaja de desembarazarnos de cierto número de Presidentes inútiles, sino que produciría una corriente saludable de promoción, entre los Directores, hacía el llon de la Presidencia.

Mucho se ha hablado del casamiento de Theresa, y hasta el sábado no ha tenido lugar la ceremonia religiosa en Neufchatel, que es el país de su esposo Mr. Theobaldo Guilloneau. Después de la ceremonia hubo gran cena, y Theresa cantó las más divertidas canciones de su repertorio. Hoy posee 30.000 francos de renta.

A los concurrentes a la cervecería del boulevard Roduchonart llama la atención un perro que llega todas las tardes y se sube en una silla de las que hay en la puerta y ladra. El mozo, que ya conoce esta señal, le trae un bock, que le coloca en una mesita delante; el perro baja la cabeza, saca la lengua y se bebe el contenido. El cuidado de pagar lo deja a su amo el señor F. Algunas veces, cuando hace mucho calor, el perro ladra otra vez, pidiendo un segundo bock, pero nunca más. Es gastrónomo, pero prudente.

Mucho había oído celebrar el teatro de Les Folies-Bergère, por lo agradable del local y lo variado y divertido de los espectáculos que presente su activo é inteligente director Mr. Sari. Dirigíme allí la otra noche, y pude convenirme de no ser exagerado lo que me habían dicho. El programa era escogido; la estudiante española, que recordaba la que tanto éxito tuvo en Carnaval, goza del favor del público, que oye con gusto a aquellos virtuosos de la guitarra, que ejecutan con perfección alegres seguidillas y vales. Después vienen los Hanlon-Lee, estos fantasistas, que son a la vez clowns, gimnastas, autores de sus pantomimas, maquinistas, inventores de sus juegos, maestros en el arte de dar y recibir tremendos porrazos, que acaban de aumentar su repertorio con una obra maestra de sus burlas y juegos cotidianos. Esta vez se trata de una cantatriz, que debuta con un trozo de una ópera en un concierto, y cuyas notas interrumpen una serie de aventuras imposibles de relatar, a cuya graciosa escena no resiste el más tenaz hipocondríaco. No es de extrañar que con semejantes atractivos sea Les Folies-Bergère uno de los espectáculos más concurridos de París. Las entradas varían desde que se abrió el jardín al público, entre siete u ocho mil francos. No hay extranjero que venga a la Exposición que deje de visitarlo.

No hay nada tan mágico y pintoresco como el aspecto del jardín, con sus plantas exóticas, sus fuentes llenas de saltadores, sus *bozes*, en que se renuevan sin cesar los consumidores, y sus mostradores ocupados por jóvenes muy interesantes.

Todas las vendedoras son amables y bellas, y casi todas tienen su clientela. Como los *bar-maids* de Londres, cada una está rodeada toda la noche por un grupo de fieles que hacen gran consumo, llevando algunos su fanatismo hasta no conocer de las Folies-Bergère más que el sitio ocupado por la vendedora de su predilección.

En el primer piso uno de los *buffets* lo tiene una mujer con barbas (verdadera), y allí son más los curiosos que los adoradores los que dominan.

Es difícil tener idea de la animación que reina toda la noche en aquel inmenso establecimiento, la que se comunica magnéticamente, por decirlo así, de la sala al jardín de invierno, de las galerías a los palcos, de un rincón a otro, sin que nadie deje de sentirlo.

Entre la multitud que circula se ven japoneses y árabes, nubios y chinos, y hasta fenómenos. Tan pronto es un gigante que la gente mira con curiosidad, como un enano, delante del que se paran con interés.

Al principio de la empresa, el Director tenía que estar constantemente buscando nuevas curiosidades; hoy recibe un número incalculable de cartas, ofreciéndole toda clase de novedades. Clowns, gigantes, gimnastas, domadores, sonámbulos, músicos excéntricos, acróbatas, escamoteadores, todos aspiran al honor de exhibirse en Folies-Bergère.

Cuando uno de ellos ha trabajado allí con éxito, están seguros de que no ha de faltarle contratas. Para ellos, Folies-Bergère es lo que para un cantante la Ópera, y para un actor la Comédie française.

NEDOC.

CORRESPONDENCIA.

Sr. Director de EL CAMPO.

Remito a usted el presente escrito por si le conviniere insertarlo en su importante publicación.

¿Es acaso un vínculo, un privilegio de las categorías, jerárquicas ó no jerárquicas, la posesión de la ciencia? De éstas, en todo caso, con algunas excepciones, será la teoría, de los demás la práctica. Pero como ninguno de los dos principios por si constituye el progreso, de aquí la necesidad de armonizarlos para que de su asociación resulten los adelantos en todos los ramos que abraza el saber humano.

En todo y por todo, lo que se propone el hombre, ménos en las abstracciones teológicas, es hallar los hechos en la investigación de los resultados, mejor dicho, de la verdad. — Suele decirse que la experiencia es madre de la ciencia; y como todos los adagios que contienen filosofía son verdades innegables, hechos practicados, el saber humano, hoy tan especulativo, no puede desechar la práctica que, aunque espuesta a la teoría, ha sido la base donde han tomado asiento todos los teóricos.

No puede decirse que este escrito sea un artículo, porque para ello se necesitan competencia, estudio y tiempo, pues que cualquier cuestión científica precisa una serie de ellos que constituyan un plan para la aplicación de sus principios. Una carta tampoco, porque su extensión le echa fuera de sus límites por importante que sea el propósito; pero sea como quiera, de alguna manera se ha de decir, tratándose de un hecho que su aplicación es de interés inmediato y oportuna la época, aunque algo avanzada; hecho que si a cuantos lo verifiquen les da el buen resultado que a mí (y ¿por qué no?), es probable que se adopte por la generalidad; a pesar que, donde tan poco útil se lee y

tanto indiferentismo y escepticismo hay como en España, aunque me cueste pena decirlo, son muy paulatinos los adelantos, y desconocidos por la mayor parte los descubrimientos por lo mismo.

Es de suma importancia este caso para aumento de la producción y su mejoramiento del fruto de la higuera común, cuya riqueza no es lo que debiera, por causas que no son de este lugar, sino para tratadas en otras cuestiones de no poco interés.

Jamas recuerda mi memoria haber estado ocioso, porque nada que lo pueda ocasionar poseo. Así que, entre otros descubrimientos, que otra sociedad en otros tiempos ó en otros países sepa ó quiera apreciarlos, y que hoy por lo mismo me los reserve, porque patrimonio entónces de la humanidad y no de una generación, los expondré al efecto, he practicado con muy buen éxito el caso a que me refiero.

Poseo en mi casa, que habito en este pueblo, un huertecito, que no llegará su cubida a un celemin en sembradura, cuya superficie contiene dos higueras de fruto diferente, una palmera y un almendro y otras menudencias propias de un huerto. La predilección en el cultivo la empleo en las higueras, por ser árbol más propio y relacionado, á excepción del limonero y naranjo, para los terrenos rodeados por edificios urbanos, porque su producto lo requiere y merece. Sin embargo, cuando años anormales, como los que há nueve experimentamos, se presentan, la planta y la tierra no se benefician mutuamente, además de la mano del cultivador de los que hasta el día la ciencia tiene á su alcance: es preciso inventarlos, porque la necesidad obliga, y caso que ésta no, la laboriosidad del hombre los sugiere. ¿Quiere decir esto que sea una invención nueva? — No; porque en el mundo y en la naturaleza todo cuanto un hombre pueda decir y hacer como nuevo, lo ha dicho y hecho ya otro hombre que se conoció ó que no se conoció. Quizás lo que nosotros tenemos por un fenómeno extraordinario haya sido un hecho claro como el sol en otras civilizaciones, cuyos vestigios nos maravillan. ¿Será también acaso que aisladamente se verifique este hecho, é hijo de la casualidad hubiera que achacarlo a nada más? Ni á una sola vez que sucediera (que ya son dos años y hasta donde llega del presente con los mismos *filos*), pudiéramos dudar de la ciencia.

En vista de los años de tan continuada sequía, traté en Mayo de 1876 de cortar las dos higueras, para utilizar en otras cosas la tierra; pues que el fruto de ellas era poco y muy mal sazonado sin poderlo aprovechar en ningún uso. Pero antes de verificarlo, sintiendo el tiempo empleado en la formación de ellas (veinte años), medité algunos medios para reparar lo que la naturaleza en tales casos niega á sus creaciones, y entre todos no hallé ninguno para conseguirlo que éste:

A distancia de una cuarta del tronco practiqué una hoya, apropiada para un cántaro, bien cocido, que contuviese poco más de media arroba de agua lleno, con un agujerito del diámetro de dos líneas en el asiento y otro en la barriga, cuyo lado se coloca al del tronco para que reciba así mejor la frescura, procurando lastimar lo ménos posible las raíces. Se pone el cántaro en la hoya de modo que la boca enrase con la superficie del suelo, y se le entierra con la que se ha sacado al cavar la hoya, cuidando de tener siempre tapada la boca del cántaro para que no se ciegue y su espacio contenga siempre la misma cantidad de agua.

Este riego se puede hacer todos los días una vez, un día sí y otro no, ó dos veces á la semana, según la abundancia ó escasez de agua, su distancia y la magnitud del árbol. Se empieza del 20 de Junio para adelante, hasta que concluye el fruto; éste dura más ó ménos, según su clase; el albar dura ménos, cuyas causas define la Botánica, y porque la época es más oportuna para la pasera; y sin embargo, por este *mecanismo* se contiene su duración, no obstante adelantar diez ó doce días en la madurez; la frescura que recibe de la planta le aumenta el volumen y la sustancia azucarada, pudiéndose comer el cuero que siempre se desperdicia, por no tener generalmente el fruto, por falta de savia en el árbol, las condiciones de un buen cultivo y abono.

El onigal, que es más tardío que el higo de las demás clases, pues que empieza por Setiembre, adquiere, en el caso de que se trata, las mismas condiciones, sobre adelantar un mes en la sazón a los de su clase. La hermosura que adquiere no se explica sino viéndolo.

Estos dos ejemplares, que yo por mi cultivo y abono, reúnen estas circunstancias ya expresadas. El primero da tres *lechigadas* ó series de frutos, no teniendo la higuera más de catorce años. El segundo, con veinte años, da cinco *lechigadas*, con tal uniformidad hasta el fin en su tamaño, que no se diferencian los individuos de las primeras de los de las últimas. El peso de cada higo casi en su totalidad es de onza para arriba, pudiendo asegurarse que una décima parte llega á las dos onzas, como puede certificar el alcalde de esta localidad D. Antonio Luengo y Manzano, que actuaba en el verano de 1876, al cual presenté, como en exposición, sesenta ejemplares de dicho fruto.

En los setenta y tantos días que están fruteando estas dos higueras, en especial la onigal, no bajará su producto de 160 reales entrambas, quedándose corto, por rectificar, si es preciso, en favor de mi aserto. ¿Qué más se puede esperar de dos árboles jóvenes que el costo de su abono no llega á 8 rs. al año ámbos, y en un país en donde su fruto, siendo superior, lo más que vale la libra es dos cuartos?

A seis, diez y veinte varas de estas dos higueras existen otras de su clase, y de más tiempo, y sus frutos son en todo muy inferiores; en cantidad, calidad, duración y sazón y tamaño.

Este es el resultado de *hacer el árbol bueno*: dar un fruto óptimo, agradable á la vista y al paladar, y sobre todo, saludable y alimentoso.

Otro día, por no alargar más este escrito, explicaré y dibujaré otro *mecanismo* para ahuyentar las aves que minoran el producto del fruto en una décima parte, ó más si el sitio de los árboles es en despoblado.

Dispense usted, señor Director, la extensión de este es-

crito, que por bien empleado se puede dar, por lo beneficioso que será á quien en cuenta le tenga si le lee, y utilidad reportará á la Horticultura; y mande á su atento seguro servidor, *Gonzalo Cabello*.
Trujillo, 4 de Julio de 1878.

Sr. Director del EL CAMPO.

Adjunta remito á V. copia de la Exposicion presentada al Gobierno de S. M. por D. Paulino Santaella y Roman.

Por ella se informará esa Redaccion del benéfico y protector pensamiento que encierra, y si la considera digna de tomarse en consideracion, se sirva apoyarlo en las columnas de su ilustrado periódico.

Dios guarde á V. muchos años.

Granada, 1.º de Agosto de 1878.—El Presidente de la Liga de Contribuyentes, *Pablo Diaz Jimenez*.

Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros:

El que suscribe, de esta vecindad, propietario y fabricante, á V. E., con el debido respeto y consideracion expone:

Ya hace tiempo que el lamentable estado á que ha llegado el contribuyente reclama una medida justa y salvadora, que lo alivie del inmenso peso que le agobia, la imprescindible obligacion de pagar los impuestos y la falta de recursos para verificarlo.

Ese ser honrado y laborioso, que del sudor de su frente forma el cimiento que sostiene el grande edificio social, es hoy una de las clases más abatidas.

El rudo y continuado trabajo que le proporciona el arte, oficio ó profesion á que se dedica, es su ocupacion durante las horas del día; al reparador y necesario descanso consagra las de la noche.

En nada piensa, en nada puede pensar; sólo en cumplir su fatal destino se emplea.

Marcados tiene la ley los plazos y las épocas en que ha de acudir á satisfacer la contribucion que le ha correspondido; él lo sabe y no lo realiza; la causa que lo motiva es del dominio público; no tiene dinero, y esto basta; pero no es este el mayor mal que le aqueja.

Trascurrido el término legal del pago, los procedimientos administrativos se entablan, porque el encargado de la cobranza no puede dejar de cumplir sus obligaciones, y pasados un corto número de días, ve sus bienes intervenidos y obligado á pagar con un recargo de 21,50 por 100, y más se empeora su situacion, más imposible se le hace el pago, y la Hacienda no percibe las cantidades con que cuenta para atender á sus multiplicadas atenciones.

Como ya va dicho, este estado reclama una medida salvadora, pronta, eficaz y equitativa, que lleve el respiro, la confianza y el descanso al hogar del pobre.

Con este fin, el exponente, con la sumision y respeto debidos, propone al Gobierno de S. M. la aprobacion del siguiente

Reglamento para la creacion de un Banco que se denominará EL SALVADOR DEL CONTRIBUYENTE, cuyos derechos y obligaciones serán:

1.ª Constituido que sea, pondrá á disposicion de los contribuyentes de esta capital los fondos que pueda proporcionar por sí ó por las personas que quieran interesarse en sus operaciones, previas las formalidades legales.

2.ª El contribuyente que tenga plazos por vencer y carezca de recursos, podrá acudir á la oficina, que será establecida oportunamente, donde provisto de una papeleta que le será entregada al efecto, solicitará el pago en su nombre, de la cantidad que adeude, consignando en la dicha papeleta, que firmará ó un testigo á su ruego, las señas de su habitacion y el número y fecha de la cédula personal.

3.ª Los Ayuntamientos de los pueblos de esta provincia podrán utilizar los mismos beneficios, solicitándolo de la misma manera que los contribuyentes particulares, acompañando á la papeleta copia certificada, visada y sellada, del acta en que fuera acordado por sus individuos é igual número de mayores contribuyentes, que se obligarán al pago, en la que deberá consignarse el nombre de la persona comisionada al efecto.

4.ª Una vez admitida la solicitud, el Banco queda obligado á realizar el pago en la recaudacion.

5.ª El recibo ó recibos que sean abonados se unirán á la papeleta y formarán los justificantes.

6.ª Los contribuyentes prestarán garantía al solicitar el pago de sus cuotas, á satisfaccion del encargado de la oficina.

7.ª No será reclamada del contribuyente ó corporacion más cantidad que la que arrojen los recibos abonados, con más el primer recargo, ó sea el 11,50 por 100 sobre la cuota.

8.ª El reintegro de las cantidades desembolsadas y recargo antes expresado no podrá ser reclamado hasta que sean transcurridos seis meses de la fecha del pago.

9.ª Finalizado el plazo de los seis meses, será reclamado el reintegro á los interesados, para que lo verifiquen en el término de tercero día.

10. Pasados que sean los tres días, expedirá lista certificada de los contribuyentes que no hayan reintegrado sus cuotas, y previas las formalidades legales, la pasará á un agente comisionado, que será nombrado al efecto por el Jefe económico, previa propuesta, el que procederá al cobro con arreglo á Instruccion.

11. Para las corporaciones municipales será aplicable el mismo procedimiento que emplea la Administracion económica.

12. Las costas que se originen por el agente comisionado en los apremios, las percibirá íntegras, y expedirá recibo de ellas.

13. El Banco no responderá de errores cometidos en los recibos, y en todo tiempo podrá reclamar su importe y recargo.

Estas condiciones, á la vez que honrosas para el contribuyente, llevan en sí economia y un periodo de seis meses, en el cual disfruta el beneficio, y á la vez que le da tiempo para realizar sus frutos ó manufacturas sin baja en los precios, libra su hogar de ser invadido y su familia afligida por las consecuencias de un procedimiento perentorio, y el Tesoro público percibirá en su debido tiempo sus legítimos intereses.

Por estas consideraciones,

A V. E. suplico se sirva someterlo al recto criterio del Gobierno de S. M., á quien respetuosamente pido se sirva aprobarlo, concederme el derecho de apremio administrativo en la forma ya dicha, y declarar de mi única y exclusiva propiedad, por el tiempo que la ley prescriba, el derecho de establecer sucursales en las demas provincias de España, pues en ello coadyuvará á la realizacion de un pensamiento benéfico y protector del Estado, del municipio y del contribuyente.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Granada, 24 de Julio de 1878.—*Paulino Santaella Roman*.

CARRERAS DE CABALLOS EN CÁDIZ.

SEGUNDO DIA. — 15 DE AGOSTO.

Con más concurrencia y animacion que el primer día, se efectuó en la tarde del jueves la última de las carreras de caballos que la Sociedad del Jockey-Club celebra en este verano.

El ser último día de la Velada de Nuestra Señora de los Angeles hizo que muchos forasteros asistiesen á ellas; así que el Hipódromo presentaba un conjunto indescriptible.

El triunfo fué para el conocido *sportman* D. Tomás Heredia, que ganó con su notable caballo *Mercy* y su ligera yegua *Sorrow*, todas las carreras en que luchó, contribuyendo á este feliz resultado la indisputable habilidad de su jinete el capitán Luxford.

La cuarta carrera ofrecia el atractivo de disputarse dos magníficos jarrones de bronce, regalo de las Señoras. Obtenido por *Mercy*, fué entregado por las señoras de Pemartín y Lahera.

1.ª CARRERA.—*Gran Handicap*.—*Premio de la Sociedad*.—Rvn. 8.000.—Para toda clase de caballos nacidos en la Península.

Matricula, 400 rs.—Distancia, 1.600 metros.

1	<i>Mercy</i>	H. I.	4 años	con 140 lib.	de D. T. Heredia.	Cap. Luxford.
2	<i>Barbian</i>	H. I.	cer.	» 140 »	» E. Davies.	Everett.
3	<i>Baccarat</i>	L. I.	»	» 170 »	» D. P. Larios.	Planchita.
4	<i>Fate</i>	L. I.	3 años	» 105 »	» Mr. Pembis.	Cross.

Llevaba la cuerda *Mercy*, viniendo detras *Fate*. En la curva de Puntales cedió *Baccarat*, entrando *Mercy* por medio cuerpo de *Barbian*.

2.ª CARRERA.—*Nacional*.—*Premio del Ministerio de Fomento*.—Rvn. 3.000.—Para caballos enteros y yeguas de pura raza española.

Matricula, 200 rs.—Distancia, 1.700 metros.

1	<i>Gift</i>	esp. cer.	con 169 lib.	de D. F. Schott.	Adolfo.
2	<i>Marmion</i>	»	» 184 »	» E. Davies.	Everett.

Después de varias malas salidas, arrancó delante *Marmion*, uniéndosele *Gift*; hicieron juntos la carrera á paso muy ligero hasta la segunda vuelta que empezó á perder terreno *Marmion*, ganando *Gift* muy fácilmente.

3.ª CARRERA.—*Peninsular*.—*Premio de la Sociedad*.—Rvn. 3.000.—Para caballos enteros y yeguas españoles y cruzados.

Matricula, 200 rs.—Distancia, 2.500 metros.

1	<i>Sorrow</i>	L. I.	cer.	con 150 lib.	de D. T. Heredia.	Cap. Luxford.
2	<i>Troador</i>	H. I.	4 años	» 140 »	» R. Davies.	Everett.
3	<i>Solitario</i>	H. I.	5 años	» 161 »	» T. Heredia.	A. Sanchez.

Sorrow tenía la cuerda á la segunda vuelta frente al Stand; acortó el paso, reponiéndose y ganando á *Troador* por medio cuerpo.

4.ª CARRERA.—*Handicap*.—*Premio de las Señoras*.—Un objeto de arte.—Para toda clase de caballos nacidos en la Península que hayan corrido en las presentes carreras.

Matricula, 240 rs.—Distancia, 1.700 metros.

1	<i>Mercy</i>	H. I.	4 años	con 150 lib.	de D. T. Heredia.	Cap. Luxford.
2	<i>Gift</i>	E. cer.	» 108 »	» F. Schott.	Cross.	
3	<i>Rols</i>	H. M. cer.	» 110 »	» P. Larios.	Planchita.	

Juntos toda la carrera. *Gift* y *Mercy*, entrando éste delante por medio cuerpo.

5.ª CARRERA.—*Premio de la Excmo. Diputacion provincial*.—Rvn. 2.000.—Para caballos y yeguas nacidos en la Península, que hayan corrido en estas carreras sin obtener premio.

Matricula, 200 rs.—Distancia, 1.220 metros.

1	<i>Baccarat</i>	L. I.	cer.	con 140 lib.	de D. P. Larios.	Planchita.
2	<i>Barbian</i>	H. I.	cer.	» 125 »	» E. Davies.	Everett.

Fueron juntos hasta la recta frente al Stand, que quedó *Barbian* algo atras, ganando fácilmente *Baccarat*.

NOTICIAS GENERALES.

Repetidos experimentos ejecutados por Mr. Lanjorais para determinar las propiedades antisépticas del bicromato de potasa, han demostrado que la adición de 1 por 100 de dicha sal en el agua le comunica la facultad de que se conserven, aun en contacto del aire, las sustancias orgánicas, como la carne, gelatina, productos vegetales, etc., que hayan permanecido sumergidas durante algun tiempo en dicha disolucion; la cerveza no se pone agria con la sola adición de un milésimo de bicromato de potasa. Una de las

pruebas demostrativas de la eficacia de este reactivo consistió en la sumersion durante tres meses, en dicha disolucion salina, de 100 gramos de tejido muscular, pasados los cuales, y después de seco dicho tejido, adquirió la apariencia de gutapercha, de tal contextura y compacidad, que de él se acuñaron medallas, probándose de este modo la excelente aplicacion que dicha sal puede tener para los embalsamamientos, preparaciones, inyecciones y maceraciones anatómicas.

Una revista extranjera aconseja y recomienda el procedimiento usado por el doctor Píoch para combatir la viruela, cuyo tratamiento ha sido practicado con muy buenos resultados durante una de las últimas epidemias de dicha enfermedad que ha reinado en Lyon. Las épocas más peligrosas para el enfermo son: durante los tres primeros días, en el caso de que no pueda declararse la erupcion, y durante la fiebre para la supuracion cuando las pústulas se inflaman, y en este estado crítico para el enfermo, es cuando tiene aplicacion el tratamiento de Mr. Píoch, que modifica la rapidez de la supuracion, y aun la naturaleza del pus varioloso. Consiste el método curativo en cubrir todos los granos, desde el sétimo día á partir de la aparicion de la enfermedad, con una mezcla de tres partes de glicerina y una de tintura de yodo, cuya operacion se practica fácilmente por medio de un pincelito, repitiéndose cada cuatro horas durante cuatro días, es decir, hasta el día 12 á partir del origen de la enfermedad.

Segun una estadística hecha por Mr. Boyolubski, se calcula que las minas de oro del Imperio ruso, comprendida Siberia, ocupan una superficie de 2.100.000 millas cuadradas, y producen anualmente unas 80.000 libras de oro, cuyo valor excede de 75.000.000 de francos. La produccion total de oro en Rusia, desde 1852, pasa de 2.500.000 libras.

El célebre explorador de la Australia, Mr. Landsboroug, ha leído en Oxley (Queensland) una interesante Memoria, en la cual se consignan los satisfactorios resultados conseguidos en Australia por la repoblacion de los terrenos de monte, obteniéndose por ella mayor humedad en el clima y mas favorables condiciones vitales en muchas comarcas, mejorándose tambien la calidad del suelo, que en muchos puntos ha podido ser cultivado, ó ha sido destinado á prados propios para la cria de ganados, confiándose, ademas, que prosiguiendo las repoblaciones, se convierta el gran desierto central en una fértil pradera. Son dignas de atencion y estudio las consideraciones precedentes, referidas en la publicacion inglesa *Nature*, pues de ellas se desprende la probabilidad de cambios favorables que puede producir el trabajo de la civilizacion.

Mr. Madden ha descrito algunas plantas de la India que presentan la propiedad de emitir en la sombra una luz fosforescente, y que son conocidas entre los brahmines con el nombre *Iyostimati*. Una de estas plantas fué descubierta por un indigena, que, obligado por una tormenta á refugiarse bajo una roca, se vió sorprendido por una aureola de luz fosfórica que fulguraba sobre las hierbas de que estaba poblado el terreno en aquel sitio. En las cercanías de Almorah, Mr. Madden encontró asimismo una planta luminosa conocida en el país con una denominacion que significa «planta que posee luz». Hay otras plantas que poseen esta curiosa propiedad, y ya en 1845 los habitantes de Simlah se sobresaltaron por la aparicion en las montañas próximas á Syrea, de una gran iluminacion, debida á la existencia de gran número de estos vegetales. En algunos picos del Himalaya abunda la planta *Dictamnus fraxiella*, fosforescente tambien, la cual ha dado origen á la tradicion de ser arbusto que arde constantemente sin consumirse, y la deificacion que el fanatismo religioso le ha concedido por este motivo.

Los periódicos de América refieren el incremento que ha tenido la industria sericícola en algunos puntos de Méjico, especialmente en la corte del Pacifico, como, por ejemplo, en Oaxaca, Guerrero, Mechoacan y otros varios. A principio del siglo actual se inició en Guanajuato la cria del gusano de seda y el cultivo del moral para su aclimatacion, conservándose actualmente algunos ejemplares de este árbol, que fueron plantados en aquella época por Miguel Hidalgo, uno de los principales propagadores de esta industria en el país. El citado Mechoacan, en atencion á sus condiciones climatológicas y topográficas, reúne circunstancias muy favorables al desarrollo de la industria sericícola, como tambien el estado de Oaxaca, que es igualmente muy á propósito para la produccion de la seda. En Méjico hay varias especies de insectos, cuyas larvas hilan capullos de excelente seda, como el *Euchena socialis* y varios *bombyx*; en la Exposicion de Filadelfia han figurado capullos y otros productos de la seda mejicana, de la cual ya Humboldt en sus viajes refiere haber comprado en Acapulco pañuelos tejidos con seda procedentes de los bosques de Méjico, es decir, de gusanos que no estaban criados en domesticidad, ni sujetos, por lo tanto, á ningún cuidado.

Es bien sabido que las plantas absorben por las raices los diversos elementos que contiene el terreno, á los cuales sirve de vehículo el agua que contenga. Recientemente se ha comprobado de un modo evidente que pueden absorber el plomo existente en terrenos donde vegeten, adquiriendo con ello las plantas propiedades tóxicas, como acreditó el envenenamiento de varias personas que habian comido legumbres cultivadas en un terreno en que dos años antes habia existido una fábrica de albayalde. La incineracion de las plantas y el análisis de sus cenizas demostró que contenian cantidades muy apreciables de plomo: un rábano de 640 gramos de peso, dió 0,01 de plomo metálico; en seis zanahorias, de 272 gramos de peso total, se halló 0,0173 de

Ayuntamiento de Madrid

ANUNCIOS.

LES FLEURS DE PLEINE TERRE

ILLUSTRÉES

Troisième édition illustrée de 1.300 figures noires intercalées dans le texte.

par VILMORIN ANDRIEUX et C^{ie}

Cette troisième édition, dont les deux précédentes ont été si rapidement épuisées, a été recomposée dans un nouveau format (in-18 colombier), revue, corrigée avec le plus grand soin et notablement augmentée, surtout pour ce qui concerne la partie décorative.

Cet ouvrage, qui intéresse toutes les personnes s'occupant de fleurs et de décoration des jardins, donne la description, la culture, la multiplication et l'emploi des fleurs annuelles, bisannuelles, vivaces et bulbeuses de pleine terre; on y trouve encore des classements divers, indiquant les moyens de tirer le meilleur parti de ces plantes; un calendrier de floraison mois par mois; des plans de jardins avec de nombreux exemples de leur ornementation en divers genres; un vocabulaire des principaux termes de jardinage; des synonymes en diverses langues des principales fleurs de nos jardins; des listes supplémentaires de plantes de haut ornement, pittoresques et à beau feuillage pour les massifs et les pelouses; une notice sur la création et l'entretien des gazons; des considérations sur la manière de former les massifs de fleurs et d'y disposer les couleurs pour en obtenir les meilleures combinaisons et le plus jolis effets de contraste, etc., etc.

Nous avons pensé rendre cet ouvrage beaucoup plus intéressant en intercalant dans le texte de cette troisième édition environ 1.300 gravures noires sur bois, ayant pour but de compléter les descriptions, tout en donnant une idée du port, du *facies* des plantes, ce qui devra faciliter leur emploi dans la décoration des jardins.

Broché-cartonné en un volume, 12 francs. Reliure très-soignée, dos en maroquin et plats en toile, 14 francs.

Diriger les pedidos á la Administracion de este periódico.

LOS VINOS Y LOS ACEITES.

Revista quincenal del cultivo de la vid y del olivo, de la fabricación de los vinos y aceites y del comercio de estos caldos en España y el extranjero.

Se publica desde 1.º de Enero los días 15 y 30 de cada mes, constando de 12 páginas de texto en folio con grabados y 4 de anuncios.

Precios de suscripción: en Madrid, 12 rs. trimestre. — En provincias, 14 rs. trimestre, 26 semestre y 50 un año, remitidos en libranza á los editores viuda é hijos de D. J. Cuesta, Carretas, 9, Madrid.



VAPORES-CORREOS

DE

A. LOPEZ Y COMPAÑIA,

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Las salidas serán las siguientes: De Cádiz los días 10 y 30 para Puerto-Rico y Habana. — De Santander el día 20 para idem, tocando en Coruña. — De Coruña el día 21 para Puerto-Rico y Habana. — De Habana los días 5 y 25 para Cádiz. — De idem el día 15 para Coruña y Santander. — Más informes de los agentes en Cádiz, A. Lopez y compañía. — Barcelona, D. Ripoll y compañía. — Santander, Angel B. Perez y compañía. — Coruña, E. de Guarda. — Valencia, Dart y Compañía. — Alicante, Faez hermanos y compañía. — Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

VINOS DE BURDEOS.

Médoc, Chateau-Lafite, Latour, Margaux, Saint-Emilion de las mejores marcas; Cognac, Fine Champagne. — Licores de Burdeos, á precios equitativos.

Se sirven pedidos desde cajas de 25 botellas en los vinos y 12 en los licores.

Para hacer pedidos y más pormenores de precios, etc., dirigirse á la Administracion de este periódico, Villanueva, 6, principal.

GUANO NATURAL DEL PERÚ.

Dirigirse á D. José Eusebio Rochelt.

BILBAO.

LAS INDUSTRIAS AGRÍCOLAS.

TRATADO DE LAS QUE SE EXPLOTAN EN ESPAÑA

Y DE TODAS AQUELLAS QUE PUEDEN SER VENTAJOSAMENTE EXPLOTADAS.

POR

D. FRANCISCO BALAGUER Y PRIMO,

Ingeniero industrial, químico y mecánico.

Consta esta obra de dos tomos en 4.º con 1.550 páginas y 410 excelentes grabados. En ella se tratan con la debida extension las industrias siguientes: Materias textiles vegetales. — Molinería y panificación. — Almidones, féculas y pastas. — Azúcares. — Vinos ordinarios, espumosos, de frutos, etc. — Cervezas. — Gaseosas. — Alcoholes. — Vinagres. — Gomas, resinas y esencias. — Industria del corcho. — Materias tintóreas. — Fabricación y refinación de aceites. — Leches, mantecas y quesos. — Albúmina, gelatina y colas. — Conservas de carnes, pescados, legumbres, etc. — Apicultura. — Industria de la lana. — Sericultura. — Piscicultura y ostricultura. — Abonos generales y artificiales. — Gallinicultura.

Precios: 124 reales en Madrid y 132 en provincias. Los pedidos á la librería de los señores viuda é hijos de Don J. Cuesta, Madrid, calle de Carretas, 9, remitiendo su importe en libranzas.

CALIRHOE.

NOVELA ORIGINAL

DE MAURICIO SAND.

Calirhoe, precioso libro que consta de 482 páginas de compacta lectura es una de las más bellas producciones del espiritual escritor Mauricio Sand. Considerable número de ediciones francesas responden del agrado con que el público la ha acogido.

Se vende en las principales librerías al precio de cuatro reales. Para los suscriptores de EL CAMPO, Los Debates y La Revista de España cuesta tres reales. Aquellos de nuestros abonados que deseen adquirir tan interesante novela, dirigirán un aviso á esta Administracion y se les remitirá, incluyéndoseles su importe en el recibo del primer mes si es que no prefieren acompañarle á la petición.

CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE.

SERVICIO DE LOS TRENES.

Línea de Madrid á Hendaya.

ESTACIONES.	MIXTO.	EXPRESS.	MIXTO dis- crecional.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.	MIXTO.
	M.	T.	T.		N.		
Madrid..	salida..	8.05	4	6	8.30		
Escorial..	llegada..	10.08	5.23	8	10.16		
Ávila..		1.30	7.54	T.	1.05		
Medina..		5.45	10.17		4.03		
Valladolid..	llegada..	8	11.27	N.	5.50		
	salida..	N.	11.35	7	6.10		
Burgos..	llegada..		2.35	12.42	10		
			4.50	N.	12.55		
Alsásua..			7		3.38		
San Sebastian..	llegada..		9.48		6.40	M.	T.
	salida..		10.03		6.55	5.10	5.05
Hendaya..			10.50		7.50	6.10	6
		M.			N.	M.	T.

ESTACIONES.	CORREO.	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	EXPRESS.	MIXTO.
	M.	M.			T.	N.
Irun..	salida..	7.30	11.05		2.30	7.35
San Sebastian..	llegada..	8.02	11.45		2.57	8.20
	salida..	8.14	M.		3.07	N.
Alsásua..		11.35			5.53	
Miranda..		2.30		M.	8.05	
Burgos..		5.50		4	10.35	
Valladolid..	llegada..	9.32	9.15	M.	1.35	
	salida..	9.52	M.	6.35	1.49	
Medina..		11.30		8.47	2.57	
Ávila..		3.05		1.35	5.47	
Escorial..		5.45		5.25	7.57	
Madrid..		7.30		7.35	9.20	
	M.			N.	M.	

Empalme de Venta de Baños á Santander.

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.	CORREO.
		N.	
Madrid..		9.30	
Ávila..		2.03	
Medina..		4.55	N.
Valladolid..		6.40	7
Palencia..	llegada..	8.07	9.25
	salida..	8.17	N.
Reinosa..		1.32	
Bárcena..	salida..	3.32	
Santander..	llegada..	8.10	6
	M.	T.	

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.
		M.	T.
Santander..		9	6
Bárcena..		11.47	8.45
		11.55	N.
Reinosa..		2.30	
Palencia..	salida..	6.35	8.35
Valladolid..	llegada..	9.15	10.22
	salida..	M.	10.42
Medina..		12.40	
Ávila..		4.27	
Madrid..		8.40	
	M.		